

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,017.

SUMARIO.

Una vista de Bilbao; grabado. — La insurrección carlista; grabados. — Pericia geográfica de Miguel de Cervantes. — El conde de Aranda. — Los cuadros militares

en la Exposición de 1872; grabados. — « Gullertanz, » cuadro por M. Brion; grabado. — Revista de Paris. — Poesías: Mi secreto. — La palma y las retamas. — Los deportados á la Nueva Caledonia; grabado. — Estudios históricos: La vida y hechos de Atila. — El Monte Viso;

grabado. — El nuevo hotel Frascati en el Havre; grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — « Perro del monte de San Bernardo, » por Hipólito Heizler; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



ESPAÑA. — Una vista de Bilbao.

La insurrección carlista.

Al frente de este número publicamos una vista de la bonita ciudad de Bilbao de que se habla tanto desde que estalló la insurrección carlista.

Al mismo tiempo damos también varios dibujos en la página 41, que su autor acompaña con algunas notas explicativas.

Son tipos copiados del natural y por lo tanto tienen su mérito.

En primer lugar figurase el jefe de partida Recondo y uno de sus voluntarios, el diputado navarro Ochoa de Olza, dos retratos que pudo hacer nuestro dibujante.

Todos los demás tipos pertenecen á la partida del cabecilla Cuevillas, y fueron dibujados el día en que aprovechando el convenio de Amorebieta, llegó á Durango con 317 hombres para entregarse al general Acosta, comandante de la primera división del ejército del Norte.

Antes de la insurrección era comandante de caballería, y según los términos del convenio conserva su grado, hasta que vuelva otra vez á ser cabecilla.

¿Qué cuadro el de la presentación!

Oficiales y soldados llegaban cubiertos de harapos: camisas azules, chaquetas de lana ó gabanes, pantalones de hilo ó de pana, alpargatas, todo remendado, usado, en el peor estado, y así desfilaron entre la doble fila de cazadores que les contemplaban con estupor. Se conocía que tenían hambre; pero, sin embargo, se mantenían firmes, y muchos de ellos eran arrogantes mozos.

Dejaron sus armas en un cercado, cerca de la puerta de Durango, y después cada cual tiró hácia su casa.

La mayor parte de aquellas armas valían bien poco. Eran escopetas, trabucos y pesados fusiles.

Puesto que hablamos de los hombres, hablemos también de las localidades.

Hé aquí algunos curiosos apuntes que tomamos de un diario español sobre Amorebieta, el lugar del convenio firmado con los carlistas por el general Serrano:

«Anteiglesia de la merindad de Zornoza á la izquierda del río de Durango. Confina por N. con Echano, por E. con Yúrreta, por S. con Dima y Lemona y por O. con Galdácano y Larrabezúa: comprende su término dos leguas de largo, una y media de ancho y cinco y media de circunferencia en las que hay mucho montazgo, buenos pastos, aguas minerales y 2,517 almas esparcidas en tres barriadas nombradas Dudéa, Boróa y Plata de Zubiáur. Esta última está formada por una buena plaza y dos manzanas de casas, atravesando á aquella el camino de Bilbao á Guernica, á estas el de Bilbao á Durango, y en sentido latitudinal y antes de llegar á la plaza, el de Zornoza á Lemona, mas conocido con el nombre vulgar de Chilboqueta. En este centro habitaba el alcalde de fuero de la merindad, dividida antes como ahora en dos feligresías, cada una de las cuales tiene su iglesia parroquial. El origen de la primera, de la advocación de Santa María, es una bella historia que conserva todavía la tradición. Dos virtuosas hermanas, señoras de la casa solar de Echezáua de Achondo, sita en la anteiglesia de Dima, eran feligresas de Santa María de Echano. La distancia de dos leguas que separaba á su casa de la morada del Señor, era causa frecuente de que no llegasen á tiempo, en los días festivos, para oír la misa conventual. Varias veces fueron sorprendidas en el camino por la voz de la campana que les anunciaba el momento en que el sacerdote elevaba en alto la sagrada hostia, y al oírla, se prosternaban humildemente reclinando su frente sobre el suelo y permaneciendo de este modo hasta que se terminaba el santo sacrificio. Uno de los días que se repetía este suceso, observaron que se detenían siempre en el mismo sitio; y creyendo que era una advertencia del cielo, siendo como eran tan iguales sus pareceres y su amor al culto divino, determinaron fundar una iglesia llamada de Amorebieta, esto es, de amor de dos. La que existe en la actualidad se empezó á fabricar por maese Domingo de Iturrieta, vecino de Costezubi, el año de 1555, diciéndose en ella la primera misa el 3 de julio de 1608, día del Corpus Christi. Toda es de hermosos sillares, de una sola nave que mide 156 pies de longitud, 62 de latitud y 78 de altura, sostenida por ocho estribos exteriores de 16 pies de línea, bajo la que se alzan seis altares y un hermoso retablo que se fabricó desde el año de 1770 al 1773 y que costó 230,000 reales. El coro es espacioso, así como la sacristía; y la torre, que arranca desde el alveo del río, es de lo mas gallardo y airoso que puede verse. Su construcción desde la medianía hasta la cúspide, se empezó el año de 1771 y se terminó el de 73, invirtiéndose en ella 108,000 rs. La cruz del remate que es de hierro, pesa 612 libras, y la bola de bronce en que descansa, 32 y media; y aunque en ella se depositó una caja con varias reliquias contra el fuego del cielo, ha sido tan perseguida por él, que hace algunos años hubo que aplicarla un para-rayos por la parte del río. Posee esta iglesia hermosos ornamentos, bella custodia, ricas alhajas y una biblioteca para los beneficiados. Además de este hermoso templo, hay esparcidas por la vasta jurisdicción de Amorebieta una porción de ermitas, algunas muy antiguas, entre ellas

la de San Vicente de Bediága, donde existieron hasta hace pocos años una infinidad de sepulturas.

La casa de Ayuntamiento, situada sobre la plaza, es cómoda y capaz, y en ella hay escuela para niños de ambos sexos, cárcel, y otros departamentos. El hospital fué fundado en 1509 por Pedro Ibañez de Bazoabal y Teresa González de Beláustegui. Sostiene también este pueblo médico y cirujano, y hay en él una excelente carnicería, botica, campo santo, buenos paradores, tabernas y tiendas de comercio y comestibles.

La industria del hierro se ha ejercido en Amorebieta desde los tiempos mas separados de nosotros. Cinco ferrierías movían sus aguas hasta hace pocos años; y si bien algunas de ellas no trabajan en la actualidad, en cambio se ha establecido una gran fábrica de hierro en Astepe, por el sistema de cilindros y de afinería, de la propiedad de don Juan José de Jáuregui. Sus productos gozan de grande estimación entre los consumidores.

Amorebieta se beneficia también de la riqueza de sus campos y bosques. El trigo, maíz, alubia y otros granos; el carbon, la leña y las maderas de construcción hallan fácil salida en los mercados inmediatos, conducidos por los buenos caminos que la atraviesan. Es rica en aguas, y de ello es buena prueba su hermosa fuente monumental situada en Zubichea, brotando perennemente por cuatro chorros, el abrevadero que está á su frente y otros manantiales que brotan por aquellas cercanías, entre los que hay algunos sulfurosos.

Aunque han desaparecido muchas casas solares de este pueblo, todavía se conservan algunas completamente deterioradas, que florecieron en la Edad media. La mas antigua es la de Andrandequi, según lo refiere la tradición y las crónicas; viene luego la de Aldana, fundada en 844 por la familia de Ascoeta; las de Zornoza, Cancelada, Garay, Zubiáur, Jáuregui, Ibarra y Berna. La de Zornoza, que, como hemos dicho al comenzar esta reseña, era la residencia del merino ó juez mayor de merindad, y cuyo fundador fué Pedro García Galindez, IV señor de Ayala, á mediados del siglo XII, fué incendiada en diciembre de 1445 por los frailes de Castro, soldados del terror, incendiarios que se ponían á sueldo de quien les pagaba. En esta época dependían de Pedro de Avendaño, quien sostuvo con algunos parientes mayores de Amorebieta guerras sangrientas que la dejaron asolada durante algunos años.

Bilbao y esta anteiglesia están separadas por tres leguas, pero unidas por el camino real de Durango. Por su territorio atraviesan también el de Guernica y Bermeo, y como á todas horas del día se ven cruzar por ellos carruajes y carros, es fácil al forastero trasladarse de un punto á otro. El cielo de Amorebieta es de los mas bellos de Vizcaya; el clima muy saludable; el carácter de sus vecinos alegre y jovial, y los alimentos que produce tan variados como abundantes y sabrosos.

Amorebieta ocupa en las juntas de Guernica el asiento vigésimonono.

R. S.

Pericia geográfica

DE MIGUEL DE CERVANTES,

demostrada con la historia

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

(Conclusion.—Véase el N^o 1,016).

Denominaciones y pasajes geográficos hay en el *Quijote* que necesitan alguna explicación por lo que han variado las circunstancias. Dos de aquellas son hoy desconocidas, á causa de haberlas proscrito los autores, y de haberse borrado la demarcación que representaban. «La Mancha de Aragón», por donde andaba el titiritero Maese Pedro, se llamó «Mancha de Monte Aragón» hasta el tiempo de Florian de Ocampo; no porque tuviese dependencia del reino de Aragón, ni del monasterio célebre de su título, ni de la villa de Montaragon; sino por un cerro, que había en las sierras valerianas, nombrado Monte-aragon. Comprendera la parte de país manchego que media desde Belmonte á la sierra de Cuenca, agregado ahora á la Mancha alta.

La frase «Asturias de Oviedo», que hoy parece un pleonismo, era entonces necesaria para distinguir la parte occidental del principado de la mas oriental, que se decía «Asturias de Santillana»; partición que se subdividía en las célebres cuatro *sacadas*.

También ofrece dificultad la interjección *¡voto á Rus!* que usa el decididor de Sancho. Quizás se refiera este

extraño porvida al antiguo castillo de donde fué natural Clemen Pérez de Rus, el primero que fundó casas en la villa de San Clemente de la Mancha, á cuyo oriente legua y media subsisten aun la aldea, el arroyo y la Virgen de Rus.

Mas claras están las alusiones en la bendición que el mismo escudero echa á su amo, viéndole bajar á la cueva como un desesperado. «Dios os guie,» exclama, «y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta.» Nuestra señora de la Peña de Francia era un santuario y convento de dominicos fundado á principios del siglo XV en término de la Alberca al Norte de las Batuecas, provincia de Salamanca. La Trinidad de Gaeta era otro monasterio dedicado á la Santísima Trinidad en aquella ciudad del reino de Nápoles, muy conocido y venerado por aquellas costas.

Chispazos brillantes de geografía saltan por otras muchas páginas de la sin par historia. Cuando el canónigo habla al cura de los disparates y embustes de los romances caballerescos, no se muestra lego advirtiendo la falta de unidad en el drama cuyo héroe «hoy anochece en Lombardia,» y mañana amanece «en tierra del Preste Juan de las Indias, ú en otras, que ni las describió Ptolomeo ni las vió Marco Polo;» geógrafo distinguido y universal el primero, y viajero el segundo de los mas afamados y antiguos (1). Y no se olvide, que equiparando Cervantes la tierra del Preste Juan con las no descritas ni vistas por los mejores geógrafos y viajeros, da á entender la poca fe que le merecían las relaciones sobre aquel personaje incierto, que parece fué un príncipe nestoriano, cuyos dominios desaparecieron confundidos en las conquistas de Gengiskan.

Por do quiera que abramos el libro del *Quijote* horriguean destellos de erudición geográfica. ¿No se necesita ser conocedor de la temperatura y cualidades médicas de la atmósfera aragonesa, para atribuir la pérdida de algunos dientes de la dueña Rodríguez «á unos catarros que en la tierra de Aragón son tan ordinarios? ¿Qué tres parejas de ríos mejor concertadas que las que pone en la canción de Altisidora, haciéndolo á Dulcinea famosa

Desde Henares á Jarama,

Desde Tajo á Manzanares,

Desde Pisuerga hasta Arlanza?

¿Ni qué prueba mayor de interés por la ciencia, que celebrar satisfecho las grandes empresas de «César en el paso del Rubicon, y del cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo,» que tanto pábulo dieron á los progresos de la geografía y de la náutica?

Observador por temperamento nuestro Cervantes, á lo mucho que debía á una vasta lectura, añadió mucho mas que le enseñó el trato de gentes. Así es que sabía cuán frecuente es en Castilla, que los pueblos designen á sus comarcas con apodos y nombres burlescos, origen de rancias enemistades y de no pocas pendencias. Por eso finge la batalla campal de los del «pueblo del rebuzno,» y supone que el pacificador don Quijote les dirige estas alocuciones de paz y de orden: las injurias particulares nunca ofenden á un pueblo entero, como no daña á Zamora que hubiese en ella un Vellido regicida: sería necedad el que se matasen «los del pueblo de la reloja» con quien se lo llama, ni los «cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros,» ni los de otros nombres que andan en boca de gente de poco mas ó menos (2).

De todos estos pueblos, aunque consta que eran «insignes» ó principales, no tenemos hoy memorias suficientes para conocerlos por sus motes. Solo se sabe, que cazoleros ó cazalleros eran los de Valladolid, así apellidados por Agustin de Cazalla, su paisano, quemado por jefe de la propaganda luterana en 1559; «berenjeneros» los de Toledo, por la abundancia de berenjenas que allí se criaban, y la afición de los habitantes á comerlas; y «ballenatos» los de Madrid, porque diz que creyeron ballena una albarda que bajaba por la corriente del Manzanares. Los «de la reloja» se presume que fuesen los de Astorga, Benavente ó Medina del Campo, donde hubo relojes de extraña construcción; y los «jaboneros» pudieron ser los de Yepes, Ocaña ó Getafe, que fabricaban y conducían mucho jabón para las ferias de Castilla. De los «del rebuzno» únicamente puede decirse que era pueblo insigne hácia la Mancha de Aragón, ó por la serranía de Cuenca.

Por último, la erudición historiográfica del autor del *Quijote*, se nos presenta en todas sus formas gigantescas, y con los atavíos mas preciosos de elegancia, sublimidad y pureza de estilo, cuando, en el desvario del héroe, le hace ver en las manadas de carneros, aguerridos y combinados ejércitos. De una parte divisa á las huestes acaudilladas por los señores y príncipes «de las tres Arabias» (desierta, petréea y feliz), «de la nueva Vizcaya, del Algarve y de Utrique»

(1) Mas de un siglo antes que el veneciano Marco Polo, que viajó en 1296, lo hizo el judío español Benjamin de Tudela, muerto en 1173; pero estos viajes no han sido tan celebrados, ya por referirse á la gente de religion hebrea, ya por haberse dudado de su autenticidad, ya porque era español el autor y española la gloria.

(2) Entre los ejemplos que de aquel tiempo omite, y los que del presente pudieran añadirse á esta nomenclatura geográfico-burlesca, están «los del peine» (Jadraque), «los del pájaro» (Baena), «los brujos» (Barahona), «los judíos» (Huete), «los mantequeros» (Castillejo del Romeral), «los candileros» (Valdaracete), etc., etc.

(así le llamábamos entonces á la que hoy decimos Utrech); de otra percibe á los moradores « del río Janto » (Secamandro), « de los marsílicos campos y de la felice Arabia; » por acá ve á « los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas (scythas) tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, » y otras naciones cuyos rostros conocia; por allá los que moran en « el olivífero Betis, en el rico y dorado Tajo, en el de provechosas aguas divino Genil, en los tartesios campos de pastos abundantes, en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la masedumbre de su corriente, los que ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino, y cuantos toda Europa encierra. » ¡Qué facundia! ¡qué pureza!

Un libro, y no pequeño, comprende esta narración fantástica; porque cada palabra es un pensamiento grande, cada proposición una consecuencia de vastos conocimientos, y cada adjetivo la quinta esencia de lo que constituye el genio y los rasgos memorables de los pueblos, de lo que determina la descripción de los objetos. Otro que no fuera Cervantes había menester un volumen para decir lo que él reduce á tan breves líneas. Bien hizo el conocedor Capmani en poner este trozo como modelo de elocuencia; y con razón creemos haberlo reservado nosotros para el fin, como el argumento príncipe de nuestro teorema, coronación digna de nuestra obra monumental. Es imposible el concebir mas: es portentoso el decir tanto, también expresado, y con igual precisión.

En efecto, ¿qué idea falta ni qué palabra huelga en cada una de las calificaciones? ¿Puede explicarse mejor los dones que Granada debe al Genil, causa de las delicias y riqueza de su vega, que llamándole « río de provechosas aguas, río divino? » ¿Cabe una alquimia de conceptos como definir á los vizcainos pintándolos « de hierro vestidos, » llamándolos « reliquias de la sangre goda, y reliquias antiguas? » Pues en representar al Guadiana como que debe la celebridad á « su escondido curso, » como el mas « tortuoso » de los ríos de España, y atravesando las dehesas « extendidas » de Extremadura, hay un mérito que parece sobrehumano, en que lo geógrafo compite con lo hablista. Mas son tantos y tales los testimonios en abono de nuestro intento, que con otra extensión y con mejor cortada pluma, quedaria el autor del *Quijote* muy beneficiado, y el público doblemente complacido. En lo que no cedemos al orbe literario entero, es en celo ardiente por la honra de nuestro idolo; celo del cual es una pequeña muestra la presente producción.

Aquí teneis, españoles entusiastas de nuestras glorias, patricios en desentrañadas consumadas, ciudadanos de vuestros conciudadanos ilustres admiradores, panegiristas del verdadero mérito, y todavía mas apasionados del que veis sin premio y abyecto: aquí teneis ensalzado al divino CERVANTES sobre las esferas, haciendo el papel de que es digno entre los Strabones, los Ptolomeos, los Plinios y los Melas, y ocupando un puesto distinguido al lado de Enciso, Giraba, Tarafa, Chaves, Medrano, Esquivel, Labaña, Mendoza, Marmol, Zaragoza, Murillo, Cañaveras, Lemur, Florez, Loperraez, Aguirre, Ciscar, Juan, Ulloa, Laborde, Casaus, Lopez, Antillon, Verdejo y demás escritores geógrafos de nuestra España. Menguadas serian mis fuerzas para elevarle á tanta altura, si el vuelo de su ingenio y las alas de su fama no le hubieran hecho subir á lo mas alto del empireo. Allí está escrito lo que hemos entresacado de su libro celestial: allí también debe escribirse con caracteres indelebles esta verdad eterna:

MIGUEL DE CERVANTES,

PERITO EN GEOGRAFÍA.

FERMIN CABALLERO.

El conde de Aranda.

(Continuacion. — Véase el número 1,016).

« Lo escribió el 10 de octubre (1788); casi de igual fecha es otra sátira en su contra y titulada: *Carta de un huevero de Fuencarral á un abogado de Madrid sobre el libre comercio de los huevos*: ácre censura era del comercio libre entre España é Indias, y pobre alegato á favor del antiguo sistema... Florida-blanca olvidó sus amarguras ante las del monarca, el cual oía gustosísimo la lectura del memorial... cuando vió enfermar y morir á su nuera doña Mariana Victoria, á su nieto Carlos José y á su hijo el infante don Gabriel...

« Carlos III finó... á la madrugada del 14 de diciembre, recomendando á su hijo y sucesor que conservara en su puesto al primer secretario del despacho. Mejor le estuviera á Floridablanca soltar... su

« cartera ministerial sobre el féretro del difunto. Ya había cumplido sesenta años y ganado perpétua fama... mas por veneración á la... memoria de su rey... se sacrificó á su voluntad soberana.

« No hubo alteracion... en el reinado acerca de las jornadas á los sitios, y en la de Aranjuez hallábase la corte, cuando el 12 de mayo de 1789, se remitió ron desde Madrid un anónimo al guardia de Corps don Manuel Godoy y al jefe del guarda-ropa don Carlos Rute, á fin de que lo pusieran en manos de la reina el uno, y del rey el otro. Nueva sátira era bajo el epigrafe siguiente: *Confesion general del conde de Floridablanca*, etc.

« Sus autores tiraban á desconcepcionar y destruir al conde mediante el uso... del ridiculo... la injuria y la calumnia... sobre supuestos actos de su vida pública y privada... injuriaban torpemente al monarca difunto... y predecian conmociones, si continuaba el despotismo del personaje contra quien asestaban principalmente dardos tan llenos de ponzoña... El papel subversivo llegó á manos de Carlos IV y de Maria Luisa... que... encargaron la averiguacion del autor... del anónimo infamatorio...

« Por cartas interceptadas se adquirieron suficientes indicios para expedir auto de prision contra don Manuel Delitala, marqués de Manca, don Vicente Saluzzi, don Luis Timoni y don Juan del Turco. Oriundo, el primero de Cérdeña y nacido por casualidad en España, y los demás... de extranjera cuna.

« A Manca le habia hallado el ministro... de segundo introductor de embajadores y le trató con distincion... por las noticias que tenia de su talento... De Toscana vino recomendado á Floridablanca Saluzzi en materia de restitucion de la fragata *Tetis*, apresada por corsarios españoles durante la última guerra con la Gran Bretaña; buena fué declarada la presa... alguna indemnizacion solicitó el interesado, de quien se dijo que estaba en Madrid por asuntos muy enredados... á... Timoni conocia Floridablanca como acompañante del embajador turco... y jamás habia tratado ni visto á don Juan del Turco...

« Como superintendente general de policia formó don Mariano Colon el proceso, del cual resultaron los cuatro reos convictos, bien que Manca y Saluzzi en mayor grado, pues los dos ejemplares de la sátira y las cartas á Godoy y Rute, eran indudablemente de su letra, y las declaraciones de los criados les acriminaron de un modo irrefragable, y las demás diligencias practicadas pusieron tan claro el delito como exigen las leyes para aplicar las penas.

« Bien que no se hallara todavía sustanciado el proceso... sobrado explicitas « fueron » las declaraciones del soberano para sosegar á Floridablanca... agitado por los ataques, á su honra, con acusaciones de robos, de deslealtad al rey y á la patria, y de todo género de inmoralidades...

« A fines de agosto (1789) se empezó á ver en el Consejo de Castilla la causa... contra... Manca y consortes... se dió principio á la votacion el 13 de diciembre, y debates hubo empeñados, como el proceso era politico... y aun cuando... sometido al tribunal mas respetable... lo componian hombres no exentos... de parcialidad hácia determinadas influencias, y particularmente hácia las de algun personaje (1) conocidísimo por su animosidad contra Floridablanca, y ansioso de sucederle en el ministerio, y aun de arrastrarle á su total ruina. Diez dias prolongóse la discusion... y al cabo... se dividieron los votos, de forma que once señores estuvieron por la abolicion de los acusados y trece por sus condenas á varios castigos.

« Meses pasaron antes de que se pudiera formalizar la consulta puesta en las reales manos el 24 de marzo... Carlos IV leyóla toda sin concurrencia de Floridablanca, á quien dijo luego sobre el asunto: *no me parece que ha estado el Consejo muy riguroso*. Su primer secretario « le contestó: » pues ni aun la pena que impone á los reos ha de aprobar V. M.; estamos en Semana Santa y tiempo de perdonar; y así hágalo V. M. por Dios, pues yo, que soy el principal agraviado, se lo pido. Consecuente fué la real determinacion á Saluzzi... Timoni... y Turco, no se impuso mas pena que la de salir del reino... á... Manca, solo se le obligó á morar en una ciudad de eleccion suya á 30 leguas de la corte...

« Seis años habia acreditado Floridablanca su... rectitud y... suficiencia como fiscal del Consejo de Castilla; cuatro en calidad de representante cerca de la Santa Sede; quince llevaba de figurar como cabal dechado de gobernantes...

« Bajo el nuevo reinado empezóse de seguida á relajar hasta la regularidad de costumbres en la misma corte... á la par, los desmanes de la naciente revolucion francesa no permitian proseguir el curso de la politica expansiva. Todos eran estímulos poderosos para... Floridablanca para dejar sus cargos, segun habia pedido una vez y otra...

« No es, por consiguiente, justificable que el 28 de febrero de 1792 se le exonerara de improviso del ministerio, con orden apremiante de salir de su país nativo sin demora...

« Siempre que ocurren caidas súbitas é inexplicables como la de Floridablanca, involuntariamente se fijan los ojos del público en el personaje que asciende al mando para designarle como agente muy

(1) El conde de Aranda.

principal del trastorno; ahora lo fué el septuagenario y célebre conde de Aranda...

« Pronto demostró el curso de los sucesos que... no habia sido mas que instrumento de maquinaciones enderezadas á preparar la elevacion de otro personaje, apenas tuviera la edad requerida por las leyes para administrar la hacienda propia... Aranda... se apresuró sañudo á desencadenar todos los elementos hostiles á Floridablanca.

« Este ministro respetable, aunque privado de sus papeles... no aguardó á concluir su viaje para enterar á su sucesor... de los negocios que habia tenido á su cargo; y desde las posadas lo hizo de memoria con ejercitadísima pluma, anteponiendo el buen servicio al preciso reposo. Grande hubo de ser su sorpresa á las tres de la madrugada del 11 de julio, hora en que el alcalde de corte don Domingo Codina y el corregidor de Hellin cercaron de soldados su casa... fueron á su alcoba, y solo para vestirse le dieron tiempo, muy de prisa, y de seguida le sacaron camino de la ciudadela de Pamplona, donde se le puso en prision de cruel estrechura...

« ¿Por qué se trataba de tan despiadado modo al dignísimo conde de Floridablanca? Entre las calumnias forjadas por los autores del libelo infamatorio, se contaba la de que el canal de Aragon le suministraba medios de acuñar monedas sin metales, sirviéndole... el tesoro de la junta á cuyo cargo corrían las obras...

« Constaba que en vales ó dinero habia recibido mas de 40 millones de reales de la testamentaria del infante don Gabriel, de la Acequia imperial y de la diputacion de los Gremios, á tenor de las reales órdenes firmadas por Floridablanca, sin otro fin que el de asegurar los últimos fondos... para que las... obras del canal de Aragon llegasen al coronamiento deseado.

« Por decreto de 4 de julio de 1792 se previno al conde de la Cañada que sobre este asunto se formara proceso. No es creible que magistrado tan ilustre expidiera auto de prision al golpe contra Florida-blanca, sin orden expresa de Aranda, su enconado y mortal enemigo.

« Dos excelentes informes redactó el esclarecido preso desde la ciudadela de Pamplona, dando puntual y satisfactoria explicacion á los cargos formulados... y sobre cuanto resultaba del sumario...

« Para desconcepcionar á Floridablanca y perderle del todo, nada omitió Aranda. Apenas llevaba un mes de ministro, cuando el marqués de Manca desde Búrgos y don Vicente Saluzzi, don Luis Timoni y don Juan del Turco desde el extranjero, por su *conducto y mediante confabulacion positiva*, solicitaban la revision de la causa, que se les habia formado como autores del libelo infamatorio. No se hubo de atrever Aranda por pronto á dar el escándalo de que se volviera á abrir un expediente ejecutivo en virtud de la consulta de uno de los tribunales mas respetables de Europa y de la resolucion soberana; pero ya que tuvo á su enemigo en la ciudadela de Pamplona, como delincuente presuntivo de abuso de autoridad por malversion de caudales, no se anduvo con miramientos y dió curso libre á sus odios personales.

« Sin atender á que de orden expresa del rey se habia mandado al superintendente de policia formar el proceso y dar cuenta sucesiva de las actuaciones, ni á que el decreto para que lo fallase el Consejo de Castilla estaba de real puño y letra, ni á que por sí habia recibido y examinado Carlos IV la consulta, sin otra intervencion que la del principal agraviado, para suavizar los castigos, Aranda comunicó al mismo Consejo la resolucion favorable á la instancia del marqués de Manca y consortes el dia 23 de julio (1792) y en términos desdorantes para su fama, pues hasta suscitaron dudas sobre su celo por el real decoro...

« Ampliamente satisfizo Aranda el deseo de los demas mandantes, al disponer que el Consejo citara y emplazara á Floridablanca, y al acompañar á esta real orden mal concebida, un extracto de los papeles que se le habian recogido sobre el asunto...: se remitió exornado con glosas, que sonaban á acusacion violentamente apasionada.

« En igual dia comunicó Aranda á Manca la noticia de estar autorizado para venir á sostener su demanda á la corte, lo mismo que Saluzzi, Timoni y Turco. A tenor de lo inspirado por Aranda, y contra la opinion de la mayoría del Consejo, despues entregóseles el extracto susodicho con los autos, á la par que se le negaba á Floridablanca la solicitud racionalísima de que á los autos fuese unida la consulta elevada al soberano, y sobre la cual habia recaído la mitigacion de las penas impuestas á los autores de la sátira abominable.

(Se continuará.)

Los cuadros militares

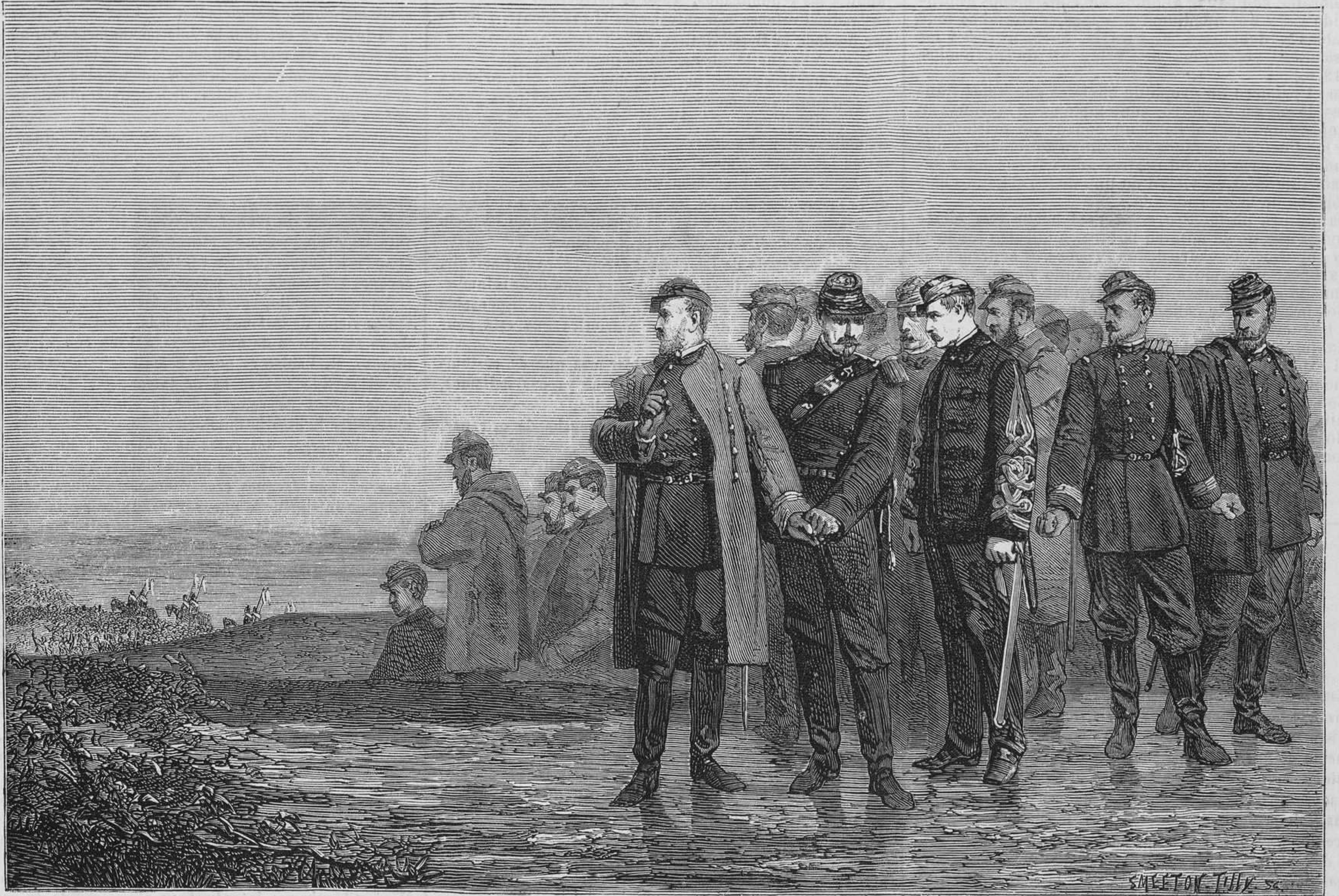
EN LA EXPOSICION DE 1872.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que en la Exposicion artistica de este año abundan los cuadros militares, como no podía menos de suceder despues de la

EXPOSICION DE 1872



GULLERTANZ (la danza del Gallo). — Recuerdo de Alsacia, cuadro por M. Brion.



EXPOSICION DE 1872. — *La separacion, ejército de Metz* (29 de octubre de 1870), cuadro por M. Protais.



EXPOSICION DE 1872. — *Los prisioneros en las cercanías de Metz* (1º de noviembre de 1870), cuadro por M. Protais.

memorable campaña. Algunos de ellos hemos reproducido ya, y hoy añadimos dos más, entramos muy notables y debidos á M. Protais, la *Separacion* y los *Prisioneros* (cercañas de Metz, 1.º de noviembre de 1870.)

En el primero un grupo de oficiales generales franceses de pie en un cerro, contemplan con lágrimas en los ojos cómo baja al llano un convoy de prisioneros que los jinetes prusianos encaminan á Alemania y que saludan de paso con un postrer adiós á sus jefes separados de ellos en virtud de uno de los artículos más dolorosos de la capitulación.

La pintura de la *Separacion* está hecha con cierta flojedad que no se nota en la otra. A nuestro juicio es muy superior el cuadro de los *Prisioneros* acurrucados en grupos, tiritando de frío, llorando de vergüenza, en medio de la llanura de Metz, en tanto que los soldados prusianos se calientan á lo lejos en derredor de sus hogueras.

La desesperacion varonil y digna de esos veteranos está expresada con emocion y en una forma verdaderamente pintoresca.

Con estos dos cuadros reproducimos también una bonita escena de la Alsacia, *Guillertanz* (la danza del gallo) pintura de M. Brion, perfectamente compuesta y con un colorido fácil y brillante.

Revista de Paris.

Esta vez se tiene por cierto que los alemanes van á comenzar la evacuacion del territorio francés á medida que reciban los miles de millones aun restantes de la indemnizacion de guerra. Se da como cosa hecha que las negociaciones entabladas con tal motivo han producido un resultado satisfactorio, y se añade que en la próxima semana, M. Thiers comunicará tan fausta nueva á los representantes de la Francia. Entre tanto no se habla más que del colosal empréstito de 3,000 millones que necesita el gobierno, operacion financiera para la cual están ya en movimiento todos los grandes establecimientos de crédito que hay en Europa. El éxito parece asegurado de antemano y tanto es así, que sin conocer las condiciones, sin saber qué clase de renta se emitirá ni á qué precio, los bolsistas se disputan las primas del nuevo valor, y desde el banquero más opulento hasta el que solo tiene disponibles algunos miles de francos, todos se preparan á tomar parte en el empréstito que va á librar á la Francia de la presencia del enemigo. La demostracion será magnífica, nadie lo duda, antes por el contrario, se cree que á una operacion de crédito de proporciones desconocidas hasta hoy, corresponderá una suscripcion que arrojará una cifra total verdaderamente fabulosa.

Esta cuestion magna absorbe la atencion hasta el punto de hacer pasar desapercibidos muchos incidentes de la política que en otra ocasion cualquiera habrian producido serias alarmas porque nos prometen serias contingencias.

Por ejemplo, estos últimos días la mayoría de la Asamblea ha dado un paso cerca de M. Thiers que se presta á muchas reflexiones.

Las últimas elecciones parciales que han enviado á la Cámara tres diputados del partido radical conmovieron á la mayoría, que nombró delegados para que se avistaran con el presidente de la República á fin de manifestarle que la marcha política que produce tales nombramientos no podía contar con su apoyo.

Era, en suma, una amenaza de rompimiento.

No sabríamos decir á punto fijo qué es lo que pasó en la entrevista; pero lo cierto es que los delegados publicaron una nota en la que se decía que, á vuelta de las protestas de M. Thiers que insistió repetidas veces en que sus ideas eran conservadoras, se elevó un disentimiento persistente que hizo fracasar las negociaciones.

Los indiscretos aclaran este punto oscuro, manifestando que el presidente de la República dijo á los delegados que se hallaban en el más profundo error si creían posible en Francia el restablecimiento de la monarquía; que solo la República, en las circunstancias actuales, puede salvar al país, y que por su parte, quiere trabajar en fundarla y consolidarla.

Esto es lo que de público se afirma, y los diarios oficiales no lo desmienten.

Fácil es comprender qué situacion política se prepara, encontrándose en tan grave desavenencia el gobierno y la mayoría.

Pero, lo repetimos, el conflicto está aplazado, porque no se piensa más que en la liberacion del territorio, obra que á punto de llegar á buen término como lo está hoy, fracasaria si sobreviniera una crisis como la del 19 de enero.

No hay para qué añadir que la nueva actitud abiertamente declarada en que se supone á M. Thiers, colma de

júbilo á los republicanos. Todo el periodismo más ó menos radical celebra con entusiasmo al presidente, y da ya por fundada la República.

Parécenos que la afirmacion es prematura.

Si la mayoría existe, no cabe duda que á la primera ocasion propicia demostrará que es soberana; pero ¿existe en realidad cuando cada día se refuerzan los grupos republicanos, y el gobierno se lisonjea de ciertas conquistas en los demás grupos?

Podria suceder muy bien que en esa cuestion capital de la forma de gobierno, se viniese á poner en claro que el tiempo ó las exigencias de la situacion, han operado una metamorfosis en favor de la República.

Tal es el estado de las cosas: recelos para el porvenir, porque, en efecto, la cuestion que se agita debe infundirlos, y tregua en la hora actual, porque es indispensable para la realizacion de la obra patriótica que está pendiente.

Esta semana tenemos que hablar más que de costumbre en la temporada de verano en que ya nos hallamos, de los teatros de Paris y sus novedades.

Con efecto, en la Opera Cómica se acaba de estrenar, con el título de *la Princesa Amarilla*, una produccion en un acto, cuyo libretto es de M. Luis Gallet, y la música de M. C. Saint-Saens.

La fábula es un cuentecillo que no deja de prestarse á la poesia.

Figuran en ella un jóven holandés llamado Kornelis, y su prima Lena.

Kornelis se enamora perdidamente, no de su prima, que seria lo natural, sino de una pintura que adorna su cuarto y que representa una de esas figuras japonesas tan características.

Es un sueño en verdad; pero de todos modos el jóven se extasia delante de aquella grotesca imagen, y no piensa más que en hacer un viaje al Japon para buscar allí la personificacion de su amor en carne y hueso.

Comienza por aprender la lengua del remoto país, y registrando libretos antiguos descubre un secreto importante, cual es el de la composicion de una bebida que proporciona la realizacion de todos los deseos del hombre.

¡Qué inesperada suerte!

Kornelis no vacila en apelar á la bebida maravillosa por ver su adorada princesa.

Y, efectivamente, el efecto mágico del brebaje en cuestion le trasporta á las regiones japonesas.

Todo se transforma á sus ojos.

En vez de su pobre vivienda bajo el cielo gris de Holanda, viene á hallarse en un palacio alumbrado por un sol espléndido, entre pagodas y jardines de una belleza incomparable, rodeado de preciosos muebles, entre los que abundan los ídolos amarillos, todos cortados por el mismo patron, vaciados todos en el mismo molde.

¿Qué falta, pues, en este paraíso?

Falta solo la princesa amarilla; pero no se hace esperar: hé aquí que aparece revestida con su magnífico ropaje recamado de oro, completando en todo y por todo el ideal de sus sueños.

Kornelis se arroja á sus piés y declara sus apasionados amores, cuyo homenaje acepta la princesa.

El lector ha adivinado ya que la princesa amarilla es la primita Lena, y que toda la fantasmagoría de la escena japonesa es una alucinacion producida por un sueño.

Por fin Kornelis despierta, Lena le explica todo lo que ha pasado, y él, reconociendo su desvarío, promete casarse con su bonita prima.

Sobre este argumento ha escrito M. Saint-Saens una partitura que tiene un gran valor para los franceses, y es el de acusar mucho el colorido.

El compositor ha usado y abusado de la escala china de cinco sonidos, y si es verdad que al principio de la partitura y sobre todo en la obertura, este sistema produce cierto efecto, no lo es menos que á la larga acaba por cansar, pues falta la variedad y hay exceso de monotonía.

Sea como quiera, por esta circunstancia se prodigan elogios al compositor, pues la escuela francesa no consiente que un autor pueda aplicar jamás una melodía que no esté en situacion, así como pasa fácilmente por todo cuando nota que el colorido local y las exigencias del argumento predominan siempre.

Sin embargo, diremos en toda justicia que hay piezas dignas de aplauso, y que están á la altura de la reputacion musical de que disfruta hace largo tiempo M. Saint-Saens.

Los dos artistas encargados del desempeño tienen una gran parte en el feliz éxito que ha obtenido *la Princesa Amarilla*.

La señorita Ducasse rivaliza consigo mismo en lo bien que personifica la sencilla holandesa y la grotesca figura del Japon; y M. Cherie es en la actualidad el único tenor de porvenir que hay en el teatro de la Opera Cómica.

Entre tanto se daba en el Gimnasio con no menos fortuna, una nueva comedia en tres actos, titulada *el Friño Jacques*, y original de M. Luis Leroy.

El protagonista es todo un carácter, cosa rara verdaderamente en la comedia moderna, hecha casi siempre á fuer-

za de rasgos de costumbres, con apariencias de caracteres someramente bosquejados.

El primo en cuestion ha sido en sus primeras mocedades todo un calavera, tanto que la honrada familia Valdan, á la que pertenece, celebra por unanimidad y con un gozo nada disimulado la última de las calaveradas de Jacques, que es un viaje á América.

Gracias á Dios, la fábrica de la familia Valdan podrá continuar en paz sus tareas, libre de aquellos sustos continuos que hacian amarga la vida de todos los parientes del infernal muchacho.

Pasan años sin recibir noticias, y ya creen que el calavera ha expiado sus aventuras con una muerte trágica, cuando hé aquí que de repente se presenta de nuevo Jacques rebosando vida y más alegre que nunca.

No hay remedio, van á volver á empezar las ansiedades.

Los viejos de la familia hacen la señal de la cruz cuando se encuentran de nuevo cara á cara con el supuesto difunto, M. Valdan se queda como una estatua; nadie sabe el partido que se ha de tomar; y el jóven, que no puede menos de comprender la situacion, se dispone á abandonar la casa hospitalaria.

Sin embargo, dos cosas le detienen: un casamiento que quieren imponer á su prima Blanca, con un tal M. Bonnegrace, que Jacques cree conocer; y luego ciertas señales de inteligencia que sorprende entre la señora de Valdan y el jóven M. de Chambry, un falso amigo á quien se propone arrancar la máscara.

Ante todo conviene conquistar el favor de la familia, ahora tan hostil á Jacques.

La ocasion se presenta seguidamente.

Los obreros de la fábrica se declaran en huelga; Jacques se interpone, los habla, los convence y se va con ellos á la taberna, donde se hacen las paces.

Ya tenemos al jóven instalado. Todos sus malos antecedentes se disipan ante aquella accion que ha salvado de un riesgo inminente á la manufactura de M. Valdan, y la familia considera á Jacques como un salvador providencial, que merece eternas gracias.

Con tan brillante exordio Jacques no teme ya ningun obstáculo, y da principio á su campaña.

El seductor de la señora de Valdan tiene en el jóven un espía constante.

Con efecto, una noche, en la ausencia del marido, M. de Chambry se introduce en el cuarto de la señora, se arroja á sus piés, declara su amor, amenaza con darse la muerte si no es correspondido, en suma, apela á todos los medios propios del caso.

La señora de Valdan le escucha atónita sin responder palabra; pero alguien va á responder por ella, y es Jacques, que saltando por la ventana, entra en el aposento á descubrir la vida y milagros de aquel infame amigo de M. de Valdan, que no contento con haber corrido mil aventuras, quiere añadir una más en el mismo instante en que pretende casarse con una opulenta heredera.

No tiene tiempo para decir más, porque al llegar á este punto llaman á la puerta: es M. de Valdan.

La comedia se convierte en drama.

M. de Chambry se retira precipitadamente, en tanto que la señora de Valdan se desmaya.

¿Qué significa semejante cuadro?

¡Jacques en presencia de aquella señora desmayada!

El jóven emprende una explicacion cualquiera de tan singular incidente, y M. de Valdan principia á convencerse ya, cuando hé aquí que se mezcla en la escena Bonnegrace, el pretendiente de Blanca, y declara que hace un momento ha visto subir á Jacques por una escala para penetrar en el cuarto.

M. de Valdan, indignado, saca un revolver; pero la serenidad de Jacques le desarma.

— Está bien, le dice, nos batiremos.

Y envía á Jacques sus padrinos, que son Bonnegrace y M. de Chambry.

La contestacion de Jacques es magnífica.

Dice que no se batirá con su primo, que nadie con ningun motivo le obligará jamás á ello; pero que en cambio está dispuesto á batirse con todos los padrinos que quiera enviarle.

Y así sucede: M. de Chambry inaugura la serie, con mala fortuna para los adversarios de Jacques, pues recibe una bonita estocada que servirá de escarmiento al otro y que le impedirá á él continuar sus galanterías por algun tiempo.

La aventura de Bonnegrace es mucho más cómica.

A punto de cruzar los aceros, Jacques le reconoce por haberle visto en la situacion más crítica en que el hombre puede verse.

Era un jugador de mala ley, sorprendido en fraganti en un garito de Montevideo.

Los jugadores estafados, creyéndose sin duda en los Estados Unidos, quisieron aplicar la famosa ley de Lynch al taurino, y le colgaron; pero Jacques, que acertó á pasar por aquellos sitios, á punto en que Bonnegrace se columpiaba en los aires, cortó la cuerda, lo que por poco le cuesta á él morir ahorcado.

¿Cómo batirse con un bribon de su especie?

Jacques le desprecia, con tal de que se aleje de la casa, si no quiere que divulgue su extraordinaria aventura. El desenlace es muy sencillo: M. Valdan proclama á Jacques como el gran desfacedor de agravios de los tiempos modernos, y en premio de tanta virtud le concede la mano de su hija.

No debe fijarse la atención en todo aquello que se inclina al drama en esta comedia, pues no es en realidad mas que una comedia toda esmaltada de agudezas, de oportunidades, con situaciones altamente cómicas.

Los actores, inimitables. Landrol, que es el protagonista, representa la personificación mas cabal del calavera dotado de un buen corazón y de una alegría inagotable; y le secundan perfectamente la graciosa y simpática Mlle Massin, Francés y Villeray.

En resumen, el teatro del Gimnasio tiene en perspectiva un verano fructuoso con *el Primo Jacques*.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

MI SECRETO.

A C...

IDILIO.

Graciosa zagaleja,
La de purpúrea boca,
La de los ojos dulces
Como la miel sabrosa;
Mas bella que el lucero
Que por Oriente asoma,
Brillante mensajero
De la rosada aurora;
Mas suave que el murmullo
De las movibles ondas,
Con el arroyo manso
Por entre guijas brota;
Mas tierna que el sonido
Que lanza mi zampona,
Cuando la noche tiende
Sus misteriosas sombras.
Atiéndeme un instante
Y no te muestres hosca
Que tengo que decirte,
Lindísima pastora,
Un grato secretillo
Que ha tiempo me trastorna
Y que en el pecho guardo
Con mano cariñosa.
¿Te pones colorada?
¿La vista al suelo tornas?
Parecen tus megillas
Dos frescas amapolas
Que con el mayo nacen
Y la pradera alfombran,
Y en cambio están las mias
Ya místicas é incoloras,
Como la flor del lirio
Que el vendabal agosta.
¿Te marchas? ¿No me escuchas?
¿No quieres, vergonzosa,
Saber el secretillo
Que tanto te impresiona
Y guardo aquí en el pecho
Cual prenda misteriosa?
Pues bien, mientras seorean
Las ovejuelas locas
Triscando entre el tomillo
Que todo el llano borda,
Descansa, mi zagala,
Sobre la verde alfombra,
Y escucha mi secreto,
Secreto que es mi historia.

...
Era de abril florido
Una mañana hermosa,
Fresquita y sonrosada
Como tu linda boca.
Los árboles lucían
Su exuberante pompa
Nutrido su follaje

De flores y de aromas,
Y las canoras aves
Al aire daban pródigas
De sus sonoros picos
Escalas melodiosas.
Bajaba yo á la vega
Que baña el rico Toa,
Cantando seguidillas
Y alegres barcarolas,
Cuando por el sendero
De la vecina loma
Tambien bajaba al llano
Lindísima pastora;
Su talle de palmera,
Su cabellera blonda,
Sus ojos cual los tuyos,
Su boca cual tu boca.
Sentí nacer entonces
Dentro del alma ansiosa
Un malestar profundo,
Dulcísima zozobra,
Consorcio inexplicable
De afecto y de congoja;
Pesar y dicha á un tiempo,
Y á un tiempo fuego y gloria.
Rápida cual las nubes
Que el viento desmorona
Despareció á mi vista
La zagaleja hermosa,
Dejándome en el pecho
De amor dulce ponzoña,
Que á la vez que me hiere
Me alienta y me enamora.
¿Era una bella fada,
Vision, luz venturosa,
O sueño de la mente
Que vuela ciega y loca?
No era vision, ni sueño
Ni fada misteriosa,
Ni luz que desaparece
Tras la nocturna sombra,
Que eras tú, la zagala,
La perfumada rosa,
La virgen de la vega
Que baña el rio Toa.
¿Qué me contestas, dime,
Blanquísima paloma,
La de los ojos dulces
Como la miel sabrosa?
¿Otra vez tus megillas
Se vuelven amapolas
Y tímida y temblando
La vista al suelo tornas?
No temas, mi ovejuela,
Mi apasionada tórtola,
Que de tu amor en cambio
Yo te daré mil joyas,
Guirnaldas salpicadas
De lirios y de rosas,
Coronas de jazmines
Claveles y violas;
La paz que asiento tiene
En mi tranquila choza;
Y para hacer tu dicha,
Tu dicha que es mi gloria,
Un pecho en que tú vives
Y un alma que te adora.

JOSÉ ANTONIO DAUBON.

LA PALMA Y LAS RETAMAS.

¡HOY! ¡MAÑANA!

De un monte en la vertiente
En vasta profusion crecían retamas,
Rico en ramas el vástago luciente,
Y en flores ricas las espesas ramas.

Tupida red de vívidos colores,
El retamal extenso
Enlazaba sus hojas y sus flores.
Cubriendo el suelo en pabellon inmenso,

Y bajo su ancha copa de verdura,
Escondida y precaria,
Como el gusano en la morera oscura,
Una palma brotaba solitaria.

Nunca del tibio Sol la llama rubia
A sus hojas llegaba,
Ni la fecunda lluvia
Sus sedientas raíces refrescaba.

Y lenta, lentamente,
La pobre palma así mustia crecía,
En tanto que orgulloso y floreciente
El retamar, burlando, la decía:

« ¿Quién eres tú, que entre nosotras creces
Tan pobre y sin ventura,
Y tu fealdad guareces
Entre tanta riqueza y galanura?

¿Qué de ricos dones á la vista muestras
En tu tronco ó tus ramas?
¿Ni luces flores cual las flores nuestras,
Ni el aire cual nosotras embalsamas!

Inclina la cabeza,
Humillados contéplennos tus ojos,
Y envidie tu pobreza
Para gala mejor, nuestros despojos... »

Y al par que así decía
El retamar soberbio,
Sobre la palma lánguida y sombría
Arrojaba las hojas ya sin nervio.

Mas un día la arenga impertinente
Oyó la pobre palma,
É irguiendo airada su abatida frente,
Así le replicó con grave calma:

« Imbécil turba, que orgullosa y vana
Insultas mi pobreza,
Porque ignoras tal vez que hay un *mañana*,
Que donde muere el *hoy* seguro empieza.

Dirige á ese mañana la mirada
Que el orgullo alimenta,
Y verás cuán trocada
Nuestra existencia en él se representa.

Yo no he visto riqueza y lozanía,
Porque no es mi destino
Brillar, como vosotras, solo un día,
Para dejar sin huella mi camino.

Mas mis hojas rugosas
Son para ese *mañana* una esperanza,
Mientras que vuestras flores engañosas
Emblema son de rápida mudanza.

Los jugos de la tierra
A mi tronco tambien rinden tributo,
Y si esos jugos *hoy* mi tronco encierra,
Es para que *mañana* den su fruto.

Yo crezco lentamente, pero crezco,
Vosotras vegetais:
Yo para aquel *mañana* me engrandezco,
Vosotras para el *hoy* os adornais.

Mañana vuestras flores matizadas
Tenderánse á mis piés como un alfombra,
Esperando humilladas
Que mi altiva corona las dé sombra.

Imbécil turba y orgullosa y vana,
No insultes mi pobreza,
Y no olvides jamás que hay un *mañana*,
Que donde muere el *hoy* seguro empieza. »

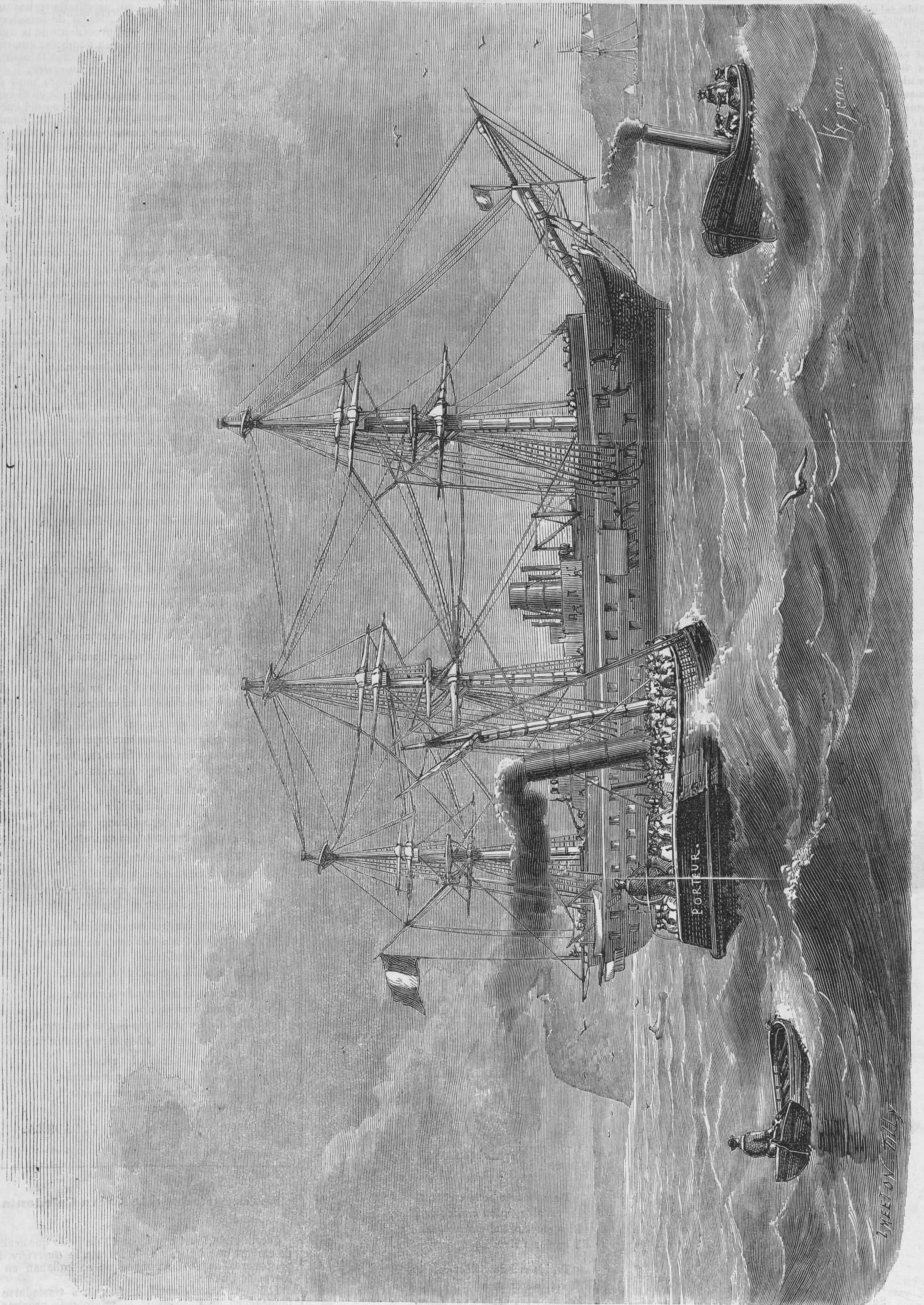
Así dijo la palma á las retamas,
Las cuales de su orgullo vergonzosas,
Lágrimas destilando por sus ramas
A la palma regaron cariñosas.

JOSÉ G. PADILLA.

Los deportados á la Nueva Caledonia.

Escriben de Brest con fecha 13 de junio que acaban de embarcarse á bordo de la fragata la *Guerrière*, los prisioneros de la Commune que se hallaban en el fuerte de Quelern.

El lunes, 10, se dispuso la fragata á trasladarse al fondeadero de Roscanvel, el punto mas próximo á Quelern para los grandes buques. El embarco comen-



BREST. — Salida de los deportados á la Nueva Caledonia : el embarco á bordo de la fragata la *Guerrière*.

UNION-TRAIL

Kjean

zó al otro día, contra viento y marea, pues llovía fuerte y la marejada era terrible también.

Los deportados entraban primeramente en un remolcador del puerto militar, el *Porteur*, que los conducía á bordo de la fragata, donde la vispera habían embarcado ya sus equipajes.

El mismo día se terminó la operación, tristemente, pero sin ningún desorden.

El número de trasportados á bordo de la fragata se eleva á 680 hombres, de ellos 392 procedentes del fuerte de Quelern, y los 280 restantes embarcados anteriormente en la isla de Oleron.

Entre estos deportados se cuentan Paschal Grousset, Olivier Pain, Verdure, Pelissier, Mourot, Champy y Jourde.

A bordo de la fragata los deportados ocupan las baterías, esto es, los dos pisos situados debajo del entrepuente.

Cada uno de estos pisos se halla dividido en dos mitades con rejas por tres lados (el cuarto es la pared del buque) y separadas una de otra por un pasadizo central.

Esos largos compartimientos (hay cuatro, dos por piso), reciben aire y luz por las portas de baterías y contienen 170 hombres.



Tipos de carlistas de la partida del cabecilla Cuevillas.

A los dos extremos de cada batería asoma una pieza de á cuatro en su cureña y hay un cuerpo de guardia de infantería de marina, procedente de la compañía de cien hombres, que con veinte y un celadores forman la vigilancia de la *Guerrière*.

Cada compartimiento tiene un barril de agua potable en el centro y bancos á lo largo del enrejado. Del techo cuelgan hamacas en donde los trasportados se acuestan vestidos envueltos en una manta.

Su vida material es como sigue:

Por la mañana temprano toman café sin aguardiente; á las once sopa y carne con 23 centilitros de vino, y por la tarde, á las cuatro, sopa y legumbres, pero sin vino.

Es el mismo régimen de la tripulación, con la diferencia de que los hombres que la componen, tienen aguardiente por la mañana y vino por la tarde.

Una vez que los prisioneros de Quelern estuvieron embarcados en la tarde del 11, entró á bordo una comisión compuesta del mayor general, de un médico mayor y del comisario de armamentos, para examinar el estado de la fragata.

Terminada esta visita, toda comunicación cesó con la tierra. La



H. DUT

El cabecilla Ochoa de Olza.



Una captura.



H. D.

Recondo.



Guerrière esperó el aviso telegráfico, y el 13 de junio, con un tiempo magnífico, salió de Brest para su largo y triste destino.

X.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuación. — Véase el número 4,016).

Del punto del Báltico en donde desembarcaron se pusieron en marcha atravesando las inmensas llanuras de los eslavos, se dirigieron hacia el sol saliente, y llegaron después de muchas largas fatigas y continuos combates al punto en donde desemboca en la mar el Boristenes ó Dnieper. Entonces se dividieron y acamparon en las dos orillas, dirigiéndose los gepidos un poco más al Sur.

La parte de la nación goda acantonada en la parte oriental del río tomó con este motivo el nombre de ostrogodos, es decir, godos orientales, y la otra parte tomó el de visigodos, es decir, godos occidentales, siendo esos dos pueblos los dos núcleos de dos Estados separados que crecieron y se desarrollaron bajo leyes y jefes diferentes.

Los ostrogodos eligieron sus reyes entre los miembros de la familia de los Amalos, y los visigodos en la de los Baltos.

Los godos, inteligentes, activos y ambiciosos, hicieron varias conquistas, es decir, los del Oeste en la Dacia que sometieron hasta el Danubio, y los del Este sobre las tribus de raza eslava.

Los visigodos, mezclándose bien pronto en los negocios de Roma, ora como enemigos muy temibles, ora como auxiliares muy útiles, perdieron allí toda su actividad, mientras que los ostrogodos se iban aguerriendo en las luchas y combates sin fin, y sin dar cuartel contra las razas más bárbaras. Poco á poco fueron sometiendo las llanuras de la Sarmacia y de la Scitia hasta el Tanais por la parte del Norte, y hasta el Báltico por la parte del Oeste. Hermanacio, uno de sus reyes, empleó su largo reinado y su larga vida en batirse y conquistar países; de modo que, dueño ya de la raza eslava, cayó con todas sus fuerzas sobre los pueblos de raza germánica, reduciendo al estado de vasallos á los gepidos y á los visigodos, sus compatriotas y hermanos.

Tal fué ese famoso imperio de Hermanarico que valió á su fundador la gloria de ser comparado á Alejandro el Grande, de quien habían oído hablar los godos hallándose inmediatos á la Grecia; pero el Alejandro de Gothia no hizo ver ni la humanidad ni la sabia política del rey de Macedonia que trataba con tanta consideración á los vencidos.

La práctica de Hermanarico y de los conquistadores ostrogodos fueron enteramente diferentes. Si uno de los pueblos sometidos á su dominación trataba de hacer algo por su libertad, inmediatamente se le hacía entrar en la obediencia por medio del trato más cruel. Hacia el tiempo en que principia nuestra relación, un jefe de los zojalanos, nación vasalla de los ostrogodos, entró en relaciones con los reyes hunos; se descubrió la cosa, pero el culpable pudo salvarse.

La cólera de Hermanarico cayó sobre la mujer de ese jefe, llamada Saniel, la ataron á cuatro caballos indómitos que la hicieron pedazos. Sin embargo, esta tenía varios hermanos que juraron vengarla, atrajeron á Hermanarico á un punto solitario y le dieron de puñaladas. El viejo rey (pues tenía entonces ciento diez años) no había sido herido mortalmente; pero sus llagas fueron muy lentas en curarse, y no hacían más que cicatrizarse cuando un nuevo llamamiento de los zojalanos decidió á los hunos á salir.

Tales son los hechos de la historia; pero más tarde, cuando el diluvio que habían promovido con sus crueldades impolíticas se derramó sobre ellos, entonces los godos hallaron razones en sus preocupaciones supersticiosas para justificar su derrota. Contaron pues, que un día perseguían unos cazadores hunos á una cierva que les fué llevando hasta el Palus Meótides, revelándoles así la existencia de un vado en esa laguna que ellos habían creído tan profunda como el mar.

Cual guía atento y diligente la cierva echaba á andar, se paraba, y volvía atrás para volver á echar á andar hasta que llegó al lado opuesto y desapareció. El lector fácilmente comprende que en concepto de los godos no había en eso nada de real y verdadero, sino una pura aparición, una forma fantástica creada por los demonios.

En el año 374 la masa de hunos occidentales se puso en movimiento y pasó el Volga á las órdenes de un jefe llamado Balamir. Primeramente se lanzaron sobre los alamos, pueblo pastor que poseía el país medio desierto situado entre ese río y el Don; estos resistieron algún tiempo; pero luego, viéndose que eran los más débiles, se reunieron á sus enemigos, siguiendo la costumbre inmemorial de los pueblos errantes del Asia. Pasando entonces los hunos y los alamos reuni-

dos ya bajo una misma bandera el Palus Meótides, se precipitaron sobre el reino de Hermanarico.

El rey goda enfermo siempre de resultas de sus heridas, trató de detener aquel torbellino de naciones, pero fué rechazado. Volvió á hacer frente y tuvo igual éxito; en esto se abrieron sus llagas, y no pudiendo soportar ya los dolores y la vergüenza se atravesó el corazón con su espada. Vitimir, sucesor de Hermanarico, pereció como un valiente en un combate, dejando dos hijos de tierna edad, á quienes pudieron poner en salvo llevándolos al país de los visigodos. Los ostrogodos se sometieron á poco tiempo; y los visigodos esperando á no dudarlo ser atacados al momento se atrincheraron detrás del Dniester bajo las órdenes de su jefe ó rey Atanarico; pero los hunos con sus ligeros caballos se burlaban de las distancias y de los ríos.

Una parte de sus fuerzas tuvo noticia de un vado, pasaron el río, sorprendieron el campamento del rey, que solo pudo escaparse con mucho trabajo. En fin, Atanarico creyendo hallar un país más seguro en los últimos riscos de los montes Carpatas, llevó allí su ejército; y aprovechándose de las lecciones de los romanos formó empalizadas y otros trabajos militares á la orilla del río, esperando así poder preservarse de aquel enjambre; pero la cosa no le salió como él pensaba.

El peligro común hubiera debido reunir los visigodos, tanto jefes como tribus; pero el peligro común los dividió. Este pueblo estaba sumamente dividido, su religión no era la misma, ni el modo de hacer la guerra tampoco. Una parte de ellos había abrazado el cristianismo, otra era pagana, y mientras que Atanarico perseguía cruelmente á los cristianos á nombre del culto nacional, otros dos príncipes Fridigern y Alavivo se declararon sus protectores. El apoyo de esos dos hombres poderosos llegó á mitigar el horror de la persecución; pero resultó entre ellos y Atanarico una enemistad personal ardiente que se manifestaba á cada momento.

Calculando Atanarico las probabilidades de aquella guerra, había propuesto á los visigodos retirarse hacia los montes Carpatas internándose en unos puntos casi inaccesibles; pero Fridigern y Alavivo formaron otro plan aconsejando á las tribus visigodas que fuesen á buscar un asilo al otro lado del Danubio sobre el territorio romano, en donde el emperador, decían ellos, no les negaría un acantonamiento. En fin, la discordia estalló entre ellos. Atanarico, enemigo del nombre romano desde su infancia, hijo de un padre que había jurado no pisar nunca el suelo romano, Atanarico, digo, quiso ser fiel á ese juramento, y combatió la proposición de Fridigern.

Este pudo responderle (pues esa era la opinión de su partido) que si los perseguidores de los cristianos, aquellos que no hacía mucho tiempo les hacían perecer matándoles á palos, aquellos que les hacían sufrir mil tormentos, podían temer pisar el territorio romano, no sucedía lo mismo con respecto á los perseguidos. El viejo y venerable Ulfila contribuía por su parte, como apóstol y oráculo de los godos, á propagar esas ilusiones.

Ulfila, cuyo célebre nombre ocupa un buen lugar en la historia de los godos, era oriundo de la Capadocia. Así como las tempestades se llevan á lo lejos en sus alas el germen de los mejores frutos, así la guerra y el saqueo habían llevado entre los godos la simiente del cristianismo, pues varias familias romanas que habían sido cogidas y llevadas como cautivas les dieron los primeros apóstoles.

Ulfila pertenecía á una de esas familias. Natural de la Gothia, y educado entre los bárbaros, bajo los ojos de un padre cristiano y romano, unió en su corazón el culto de Roma cristiana á un amor acendrado por su nueva patria. Por otra parte se hallaba unido á los romanos por los lazos de un reconocimiento personal, por manera que nunca había olvidado, que habiendo sido encargado, siendo aun muy joven, de una misión de los reyes godos para Constantinopla, Constantino el Grande le había acogido con mucha familiaridad y distinción y había ordenado que le hiciesen obispo en su nación á pesar de su edad. Vuelto Ulfila á Gothia se había dedicado á la conversión de sus compatriotas bárbaros. Para facilitar su predicación y romper al mismo tiempo con las tradiciones poéticas que solo hablaban á los godos de sus dioses nacionales, se dedicó á traducir en su lengua el libro de los cristianos; y como los godos no se valían aun del arte de escribir, les compuso un alfabeto con caracteres griegos y algunos otros, tal vez rúnicos, que él adoptó á ciertas articulaciones particulares de su idioma. Sin embargo no quiso traducir en el Antiguo Testamento los libros de los reyes, en donde se cuentan las guerras del pueblo hebreo, temiendo estimular el gusto por las armas, bastante dominante ya en su nación, y persuadido por otra parte, dice un contemporáneo que nos da estos detalles, de que los godos con respecto á combates tenían más necesidad de un freno que de espuelas.

Esa idea sencilla pinta perfectamente á ese buen eclesiástico y sus escrúpulos. Su obra tuvo más éxito de lo que él esperaba, pues resultó una especie de revolución en las costumbres de los visigodos, y así es que sus compatriotas le dieron el título de nuevo Moisés. Ulfila, en su calidad de obispo, había asistido á muchos concilios en los que se había hecho notar por la rectitud de su alma y por la sinceridad de su fe más bien que por su ciencia teológica.

Cuando estalló la persecución en las orillas del Dniester, Ulfila debió su vida á la hospitalidad que le dieron los romanos de Mesia, quienes le acogieron muy bien, tanto á él como á otros muchos que le acompañaron en su fuga. Ese hombre sencillo y convencido no dudaba que allende el Danubio se hallaba la tierra de promisión para sus hermanos y para él, siendo tal la autoridad de su voz que la mayor parte de los godos siguieron su ejemplo. Atanarico, que se hallaba casi abandonado ya, fué á atrincherarse con el resto de sus tribus en los desfiladeros del Canca-land.

Las tropas de Fridigern y de Alavivo se pusieron en marcha para el Danubio, con el orden que puede hacerse cuando hay que ponerse en marcha una multitud de hombres de toda clase y condición, que llevaban consigo todo lo que constituía entonces una nación. Primeramente se presentaban los hombres armados, y luego iban las mujeres, los niños, los ancianos, los rebaños y los carros. Ulfila, á la cabeza de su clero, velaba por la iglesia ambulante, que se componía de una gran tienda colocada sobre un tablado con ruedas, que contenía además del tabernáculo las vestiduras y los libros litúrgicos. La travesía no era larga, de modo que los godos no tardaron en llegar á las orillas del Danubio, enfrente de los destacamentos de la Mesia. Al ver aquella gente, se pusieron de rodillas por un movimiento espontáneo, dando voces, é implorando el auxilio de los que veían al otro lado. Los jefes que les precedían hicieron señales dando á entender que querían hablar al comandante romano, y en efecto se les envió una barca en la que entraron Ulfila y varios personajes godos. Inmediatamente los condujeron al comandante, á quien dijeron:

« Que arrojados de su patria por una raza horrorosa y cruel, á la que nada podía resistir, llegaban allí con todo lo que poseían para rogar humildemente á los romanos se dignasen darles un territorio, prometiendo vivir tranquilos en él y servir fielmente al emperador. »

El asunto era muy grave para que pudiese decidirse un simple comandante de frontera; y en su consecuencia este envió los diputados al emperador que tenía entonces su corte en la ciudad de Antioquia. Según costumbre pusieron á disposición de Ulfila y demás personajes los caballos y carros que necesitaban, y marcharon, mientras que Alavivo y Fridigern hacían acampar á sus bandas en la orilla izquierda del Danubio en el mejor orden posible.

El imperio de Oriente se hallaba entonces en manos de Valens, hermano de Valentiniano I. quien después de haber gobernado gloriosamente el Occidente, acababa de morir desgraciadamente para los romanos. Valens era un compuesto extraordinario y chocante de buenas cualidades y de malas pretensiones. En él se había visto un espíritu de desinterés y de equidad en las vicisitudes de su fortuna: terrible para con los malos y protector de los pequeños, ese hombre se mostraba duro pero imparcial justiciero como su hermano, por quien profesaba una admiración respetuosa.

Soldado duro, pero valiente y simpático á los soldados, y general bastante experimentado para mandar con acierto bajo las órdenes de otro, se había dejado deslumbrar por el brillo de una fortuna que solo debía al mérito de Valentiniano.

De ilusiones en ilusiones llegó al estado de ceguera de un hombre nacido en la púrpura. Ese hombre tenía pocos conocimientos, de modo que á la edad de cincuenta años, y después de haber reinado doce años en Oriente, no había podido llegar aun á comprender la lengua griega, y á pesar de eso pretendía regentar la iglesia oriental, conmovida entonces y desgarrada por el arrianismo.

Esas distinciones sutiles, esos sofismas, y sobre todo ese lenguaje que lanzaban esos semi-arrianos como una red en la que cayeron no pocas veces los más hábiles, le parecían un juego, una diversión á Valens; pues ese hombre decidía, zanjaba é innovaba, y los obispos de su corte, hombres perdidos en las intrigas, después de haber hecho de él un teólogo infalible, no tuvieron pena alguna en hacerle un perseguidor encarnizado de ella. Valens, en el momento en que se hablaba de religión, parecía renegar de la rectitud y equidad proberviales de su carácter.

El catolicismo no había pasado aun tan malos días como en esa época: sus obispos eran desterrados; sus templos se cerraban, y por todas partes del Oriente se veía el cisma y la apostasia, promovidos por la corrupción ó impuestos por la violencia. Ese hombre que durante muchos años solo había hallado el placer en los campos de batalla; ese hombre que había vencido á los godos y á los persas, ya no soñaba otra cosa que teología; por manera que al verle abandonar así los negocios, se pudiera pensar muy bien que sacrificaba con gusto su título de príncipe del pueblo romano al de príncipe de la iglesia arriana.

Valens se entregaba pues en la ciudad de Antioquia y en compañía de algunos obispos sus favoritos á esas cuestiones teológicas que le hacían olvidar todo lo demás, cuando llegaron rumores de los sucesos de más allá del Danubio.

Se decía que una raza de hombres desconocidos, salida de los países lagunosos de la Scitia, se había precipitado sobre la Europa, con la violencia irresistible de un torrente arrollando á los alamos sobre los ostrogodos, y á estos sobre los visigodos, y huyendo unos y otros como un tímido rebaño. Por de pronto

esa noticia solo causaba risa como si fuese una fábula, pues á cada momento llegaban rumores de aquellos lejanos países, que se desmentían al instante; pero preciso fué creer cuando llegó un correo á toda prisa con la noticia oficial de las proposiciones de los visigodos y de la salida de sus diputados para Antioquia.

La corte fué consternada, sin saber qué cosa responder á los enviados, ni qué conducta debía observar con respecto á los godos. Los hombres de poco peso y los cortesanos decían que el emperador le acompañaba una buena suerte en todas las ocasiones:

« Hé ahí, decían, que los enemigos de César solicitan el honor de ser sus soldados, la terrible nación de los godos se transforma en un ejército romano delante del que temblarán todas las naciones bárbaras. Valens sacará toda la gente que quiera, dejando en paz al soldado romano para que pueda dedicarse á sus trabajos; los campos estarán mejor cultivados, y las provincias, no teniendo ya que contribuir con su contingente militar sino en dinero, enriquecerán el tesoro del César. »

Los hombres serios y prudentes hablaban otro lenguaje y decían:

« No metamos los lobos en el corral, pues de otro modo puede que el pastor se vea apurado. Vendrá un día en que esos lobos, llevados de su natural feroz, degollarán los perros y se apoderarán del rebaño. »

Los argumentos en pró y en contra fueron debatidos con mucho calor en el consejo imperial; Valens oyó á unos y á otros, y luego se decidió en favor de un parecer que solo podía imaginar una cabeza como la suya. Declaró, pues, que admitiría á los godos si se hacían arrianos.

Los godos habían recibido el cristianismo de muchas manos; pues tenían heresiarcas hasta entre sus apóstoles. Así es que Andóus enseñaba que Dios debía tener una forma material y un cuerpo, puesto que había creado al hombre á su imagen, y ese hombre, no obstante su grosera heregia, había hecho numerosos prosélitos y hasta mártires, siendo de advertir que no por eso se dejaban de creer buenos católicos.

Los obispos ocupados en una laboriosa predicación, se parecían á su rebaño sobre muchos puntos. Teófilo, predecesor de Ulfila había admitido á la verdad las actas ortodoxas del concilio de Nicea; pero este se adhirió al formulario semi-arriano de Rimini por no creerle al principio contrario al catolicismo, y luego viendo que se retractaban muchos, se retractó también como ellos.

Valens quería que Ulfila abrazase de nuevo su primer modo de pensar, y que, por medio de su mucho ascendiente impusiese á sus hermanos los dogmas del arrianismo mitigado: esa era la condición que ponía Valens á Ulfila y ese el objeto que se proponía.

Las cosas se le presentaban bien á Valens, de modo que ya se creía un nuevo Constantino. Sin embargo, temiendo que le echasen en cara que sacrificaba la política á la religión, decidió que las mujeres y los niños de los godos, sobre todo de los godos mas notables, pasarian los primeros y serian dirigidos hacia las ciudades del interior para que sirviesen de dique y guardarlos en rehenes, y los hombres no se les permitiría pasar el río sino deponiendo las armas. Valens creyó por esos medios librarse de todo peligro; se dieron las órdenes convenientes para que una flotilla romana se encargase del transporte de los godos, y al mismo tiempo salieron varios agentes civiles, bajo las inmediatas órdenes del conde Lucipinus, para elegir los cantones que debía ocupar aquel pueblo, hacer el reparto del territorio, darles viveres, instrumentos aratorios y todo lo demás que necesitaban.

Las dificultades tontas, por decirlo así, que encontró Ulfila y sus compañeros, doblaron el tiempo de su viaje, y los godos, acampados en las llanuras del Danubio, contaban los días y las horas con mucha inquietud. Sus provisiones se agotaban, y el hambre iba á presentar su triste semblante. Dirigida siempre su vista hacia las líneas romanas y hacia las llanuras del Norte, tan pronto creían divisar la barca que debía traer á sus diputados, y tan pronto les parecía ver la ligera caballería de los hunos.

En fin, la desesperación se apoderó de ellos, y á pesar de que el Danubio se hallaba muy crecido á causa de las lluvias, muchos de ellos trataron de pasar el río por fuerza. Los unos se echaron á nadar, otros se lanzan sobre maderos ó almadias; pero cuando habían llegado á vencer la corriente, después de inauditos esfuerzos, las ballestas romanas empezaron á arrojarles proyectiles, de modo que el río se veía cubierto de maderos, restos de barcas, almadias y cadáveres, todo revuelto.

En fin, los diputados llegaron y su llegada puso término á aquellas tristes escenas. La escuadrilla romana principió á maniobrar trasportando gente de una orilla á otra. El número de los que pasaron era inmenso, pues sin contar las mujeres y los niños, se calculó que solo los hombres capaces de llevar las armas ascendían á doscientos mil.

Un vergonzoso espectáculo tuvo lugar luego que pasaron, haciendo ver hasta qué punto se hallaba corrompida la sociedad romana; pues tan luego como pasaron las mujeres, las jóvenes y los niños, y luego que los pusieron aparte para internarlos, se precipitaron sobre ellos como sobre una presa los centuriones, tribunos, oficiales y demás empleados. Cada uno de ellos, dice un escritor de esos tiempos, hizo su parte según su gusto; el uno se tomaba una mujer fuerte y robusta, otro una joven con ojos azules, y hasta los

agentes de la prostitución hicieron allí un tráfico infame.

Los unos se los llevaban para hacerlos esclavos, y otros mas avaros aun tomaban hombres robustos para hacerlos trabajar en sus campos. La orden de depone las armas no se ejecutó como estaba estipulado; los encargados de llevar á cabo esa medida hacían la vista gorda cuando les daban dinero, pues el godo en su orgullo salvaje daba mas bien todo cuanto tenia como su oro, su mujer, sus pieles y sus tapices con tal que le dejasen las armas, y así fué que muchos quedaron armados.

En cuanto á los viveres que se debían distribuir á los que emigraban, se habían averiado por descuido de los intendentes, y por otra parte eran insuficientes. Con ese motivo se especuló sobre el hambre de aquellos infelices, vendiéndoles á peso de oro la carne de los mas inmundos animales. Un perro muerto se cambiaba por un esclavo.

Parece que las mujeres luego que las internaron, seducidas por el lujo y la abundancia se conformaron muy bien con su suerte. ¿Y qué debía pensar, qué debía decir en medio de todas esas desgracias el Moisés de los godos, que en vez de haber facilitado á su pueblo la abundancia y la dulzura de una tierra de promisión, solo les había dado la miseria y el cautiverio del Egipto?

Fácilmente se comprende las angustias y el pesar que debía experimentar aquella alma en vista de tantas decepciones; pero por verídicos y justos que fuesen sus penas y sentimientos, tuvo que cumplir su promesa. Los godos paganos fueron bautizados, y todos juraron adoptar el formulario de Rimini ó mas bien la profesión de fe de su obispo, pues en eso consistía para ellos la ortodoxia. Ulfila, á fin de quitarles toda especie de escrúpulo, les dijo que aquellos detalles importaban poco á la religión del Cristo; pero eso no impidió que los visigodos cesasen de pertenecer desde entonces á la cristiandad católica, y que mas tarde, con motivo del progreso natural de las doctrinas y la terquedad del espíritu de secta, no impidió tampoco, digo, que llegasen á ser arrianos verdaderos y arrianos propagandistas y perseguidores.

Tantos ultrajes y tantas iniquidades exasperaron á los godos; y además lo que llevó á colmo su cólera fué una celada armada por el conde Lucipinus á sus jefes Fridigern y Alavivo en medio de un festin. Así pues abrieron paso por el Danubio á otras bandas de bárbaros que les habían seguido; hallaron armas ó pudieron fabricarlas clandestinamente, y principieron á robar.

Un ejército romano trató de contenerlos, pero fué derrotado cerca de Marcianópolis, capital de la pequeña Scitia. Fridigern no quería que sus compañeros de armas perdiesen el tiempo en sitiar plazas, porque no sabían lo que era ese arte, y así es que su consigna era: « Paz á las murallas, » pero los pueblos abiertos, la casa de campo del rico y la cabaña del pobre experimentaban mucho mal.

Valens, después de haber salido de sus letargos teológicos, acudió á Constantinopla, y el pueblo quiso lapidarlo ó poco le faltó. Los católicos triunfaban. Un ermitaño que vivía cerca del camino salió de su celda cuando supo que Valens debía pasar por allí, se puso delante de él, le maldijo y le anunció su muerte próxima. Valens, viéndose en bastante aprieto por los progresos que iban haciendo los enemigos, trató de despertar el valor de que había dado pruebas en su juventud.

Poniéndose pues á la cabeza de un ejército mal organizado, y con el auxilio de algunas tropas frescas y otras allegadizas, se propuso derrotar á las bandas victoriosas ó morir en la demanda. Impaciente de bafarse, ó tal vez temiendo que le quitasen la gloria, no quiso esperar á su sobrino Graciano, emperador de Occidente, que se había puesto en marcha para reunirse; pero esa premura le perdió. Los romanos carecían de viveres, y Fridigern que lo sabía muy bien les hacía hacer marchas de un lado á otro; les hacía promesas, ora enviando á algun eclesiástico para hacer proposiciones de arreglo, y ora manifestando las intenciones pacíficas de los godos, y mientras tanto el astuto Fridigern daba tiempo á que se le reuniese una de sus divisiones de caballería que se hallaba lejos del campamento.

La batalla se libró el 9 de agosto en 378 en medio de mucho calor, en una llanura entre Andrinópolis y la pequeña ciudad de Nicea. Para aumentar los trabajos de los romanos Fridigern mandó pegar fuego á las malezas que cubrían la llanura por la parte de aquellos; el incendio fué tomando incremento, de modo que el campamento de los romanos se vió cercado por las llamas. También debemos decir que la audacia de Valens le hizo mucho daño, pues habiéndose adelantado á la cabeza de sus guardias, hizo que las legiones siguiesen el movimiento, y estas no tardaron en verse cercadas por los godos. Una nube de polvo oscurecía el cielo, y no permitía que los combatientes se viesan.

Cuando se encontraron los dos ejércitos, resultó que la masa de los bárbaros, acometiendo siempre en la misma dirección, llegó á romper el orden de batalla de las legiones. En esto llegó la noche, noche muy triste y oscura. Valens, á quien aconsejaban sus generales que se retirase, seguía peleando, cuando cayó atrevesado por una flecha.

Algunos soldados le levantaron y le llevaron á una cabaña de un aldeano que se hallaba á corta distan-

cia del campo de batalla. Estaban curando su herida cuando se acercó una banda de godos de aquellos que se daban á robar, los que hallando resistencia en las puertas, acercaron paja y leña y pegaron fuego. Valens pereció quemado; las dos terceras partes de su ejército quedaron tendidos en el llano; y así es que los contemporáneos compararon ese día al de Canas.

Dueños los godos de la Tracia y de la Macedonia saquearon esas provincias hasta el año siguiente que se presentó Teodosio á tomar posesión del Oriente. El nuevo emperador no menos hábil para pacificar que para vencer, hizo sentir á los bárbaros la fuerza de su brazo; y luego que les obligó á entrar en composiciones y á implorar su perdón, les limitó á sus cantones, en donde supo aprovecharse de sus servicios. Después de la muerte de Teodosio, y secundados los godos por la traición de Rufin, los sacaron de allí para lanzarles sobre la Grecia.

Entonces principió, bajo la dirección de Alarico, el mas célebre sin duda de sus reyes, entonces principió, digo, esa larga peregrinación de los visigodos conduciéndoles por la Grecia hasta la Italia, y de esta á la parte meridional de las Galias en donde se detuvieron.

II.

IMPERIO DE LOS HUNOS EN LAS ORILLAS DEL DANUBIO.
ATILA Y BLEDA.

Así como el mar se precipita ó inunda las llanuras luego que ha destruido los diques que le contenían, así las hordas de Balamiro cubrieron al momento todo el país que habían dejado libre los godos. Luego que llegaron los hunos al gran foso del Danubio se detuvieron temerosos y ya no inquietaron el imperio romano; pero continuaron á batallar contra los pueblos bárbaros. Esos hombres no dejaban enemigos detrás de ellos: la nación de los ostrogodos se había resignado al yugo; los antiguos vasallos de Hermanarico se pasaron unos después de otros á las filas de Balamiro, de modo que solo Atanarico hacia frente con sus tribus fieles en los valles mas ásperos de los Carpatas; pero esas mismas tribus, viéndose acosadas en sus destiladeros y muertas de hambre, resolvieron imitar el ejemplo de Fridigern.

Atanarico adoptó ese partido no obstante sus repugnancias; y los romanos accedieron, de modo que los visigodos salieron repentinamente de sus rocas y desfiladeros, llegaron á la orilla izquierda del Danubio y se embarcaron. Al momento el país invadido cambió de aspecto: los rudimentos de agricultura que provenían de los godos fueron abandonados; la vida sedentaria desapareció; la vida errante principió de nuevo; de modo que la zona circular que se extendía del Danubio al mar Caspio, á lo largo del mar Negro, no fué otra cosa mas que un paso cruzado continuamente por hordas de hombres y rebaños.

(Se continuará.)

El Monte Viso.

En uno de nuestros últimos números hemos dado la vista de la cascada del Gy y de los ventisqueros del Pelvoux, una de las regiones de Francia donde hay montes mas altos.

Con efecto, uno de sus picos, el de la Punta de Arsinés, tiene 4,103 metros de elevación.

Esta zona se encuentra en el departamento de los Altos Alpes, en los confines del departamento del Isere.

Al extremo opuesto del mismo departamento están las montañas que forman la cordillera del Queyras, con sus vastas praderas y sus hermosos pinares, siendo continuación los montes de la garganta de la Traversette.

Al Sur de estas montañas, en la provincia de Saluces, territorio italiano, se levanta á dos kilómetros de la frontera italiana una magnífica pirámide de 3,840 metros cubierta de heladas nieves.

Es el Monte Viso cuya vista publicamos.

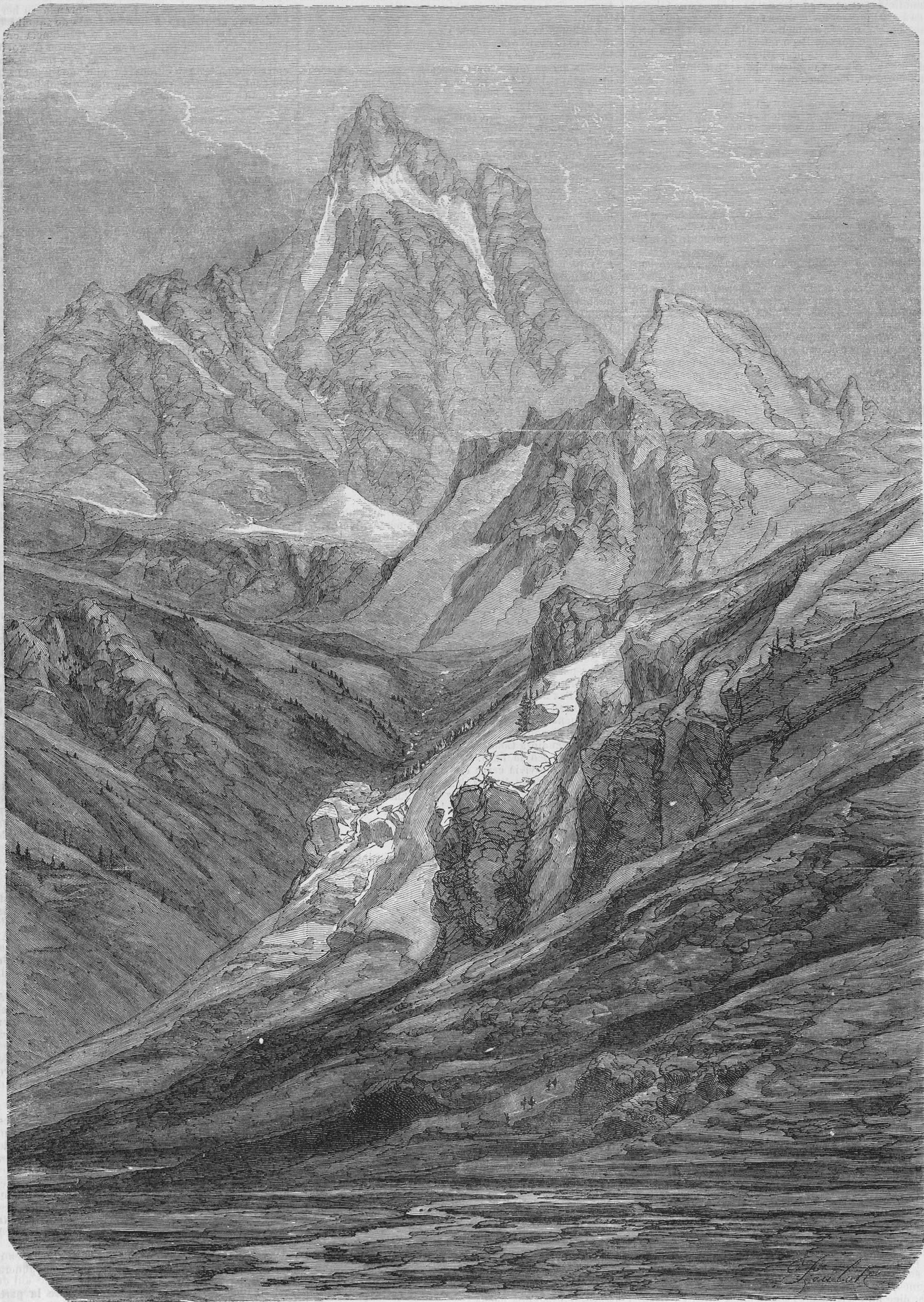
El Monte Viso que se distingue perfectamente desde Turín y hasta de Milan por su forma singular y aguda, domina la garganta internacional de Valante, donde comienzan las rocas negruzcas por las que corre el torrente del Guil.

Un camino construido en el siglo XIV y cortado en gran parte en la peña viva, atraviesa el Monte Viso que pertenece á los Alpes Cocios. Esta carretera destruida por el rey de Cerdeña, fué restablecida por Napoleón en 1811, cuando aquel país pertenecía á la Francia.

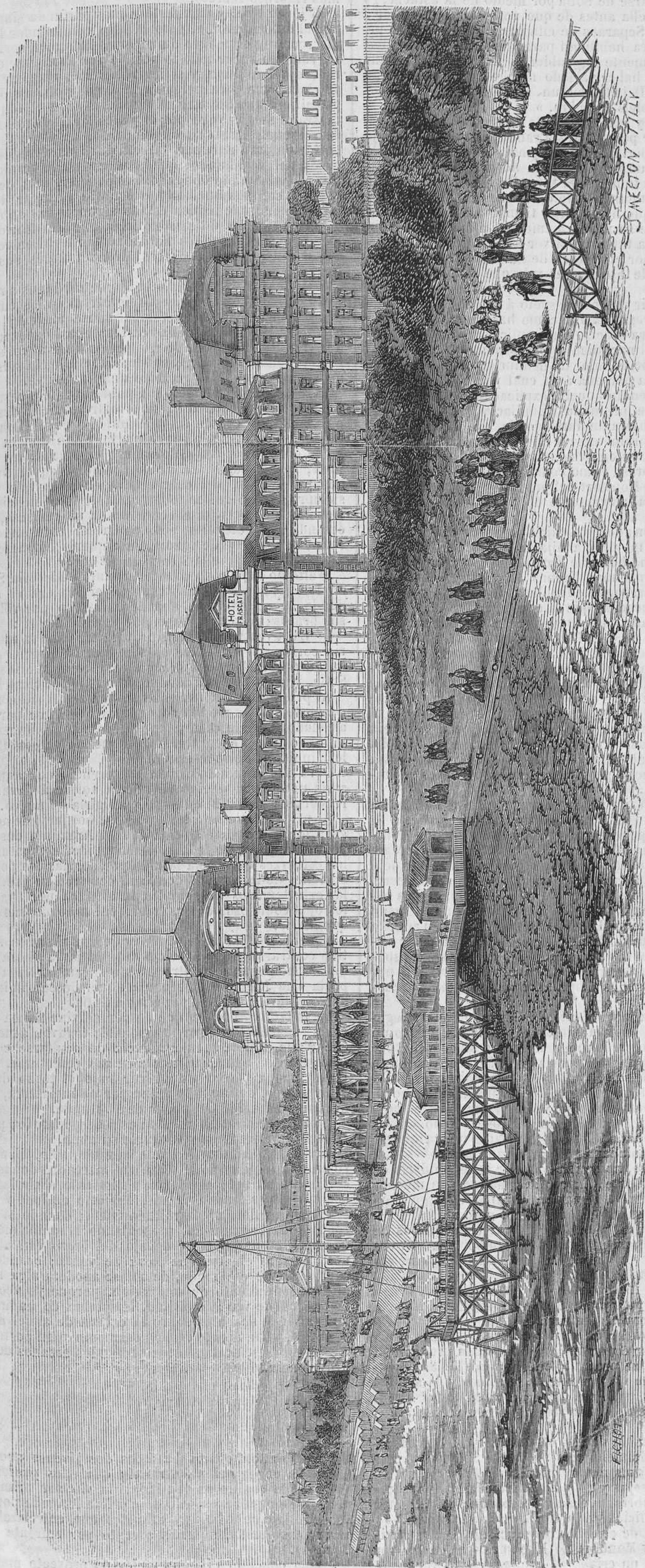
Dícese que por ese punto atravesaron los Alpes el jefe galo Beloveso, fundador de Milan y el general cartaginés Anibal.

El Po tiene su frente en dos brazos sobre la parte oriental del Monte Viso, de donde bajan tres valles hasta los llanos del Piamonte.

P. D.



CURIOSIDADES PINTORESCAS DE FRANCIA. — El Monte Viso



EL NUEVO HOTEL FRASCATI EN EL HAVRE.

El nuevo hotel Frascati en el Havre.

Damos en esta página el nuevo hotel Frascati inaugurado en el Havre, siguiendo nuestra costumbre de presentar á nuestros lectores las mas importantes actualidades de las cosas del arte. Los administradores de este establecimiento bien conocido de los turistas y de los aficionados á los baños de mar, no han descurrido nada para levantar un monumento verdaderamente digno de la ciudad del Havre, en el lugar que ocupaba el antiguo hotel Frascati.

Las obras se confiaron al joven y entendido arquitecto de Paris, M. Alberto Tissandier, que ha sabido hacer un magnifico edificio. Por el lado del muelle se eleva una gran fachada, en la que aparecen tres pabellones bien proporcionados de un conjunto verdaderamente artistico: el ladrillo blanco y el encarnado empleados en la construccion producen un bonito efecto. Paralelamente á la playa hay una galeria formada de salones y comedores y desde allí se disfruta de un espectáculo verdaderamente asombroso: el del Océano y el cielo.

El interior de las construcciones corresponde al exterior.

El vestibulo de entrada ofrece un hermoso aspecto. Los cuartos son claros, tienen buena ventilacion y están adornados convenientemente.

En suma, el nuevo hotel Frascati es sencillo y grandioso á la vez y merece citarse como una bella muestra de la arquitectura moderna.

L. DE G.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,016).

La partida de lady Montfort (que tuvo lugar algunas semanas antes que la de Waife) fué mas sentida por los pobres de las inmediaciones de Montfort Court, que por las ricas familias que componen lo que en provincias llaman su sociedad, y la tristeza que aquel acontecimiento produjo en la pequeña aldea próxima á aquella régia mansion se hizo mayor cuando Waife y su nieta se marcharon.

En los tres últimos años, animado con la proteccion de lady Montfort y la conviccion de que ya no era perseguido ni espiado, Waife se desprendió de su antigua reserva, y fué saliendo poco á poco de su retiro.

Como era naturalmente sociable, hizo conocimiento con sus vecinos mas humildes; cuando pasaba por delante de sus casas entraba á verlos; divertia á los niños con las habilidades de sir Isaac, ó les regalaba las nueces y las manzanas de su jardinillo; á los jornaleros mas laboriosos les daba buenos consejos para que aumentasen su jornal con el producto de sus huertecillos, ó criando abejas ó pollos; á los que tenían ganados les daba remedios para las reses enfermas, y muchas veces se captó el aprecio de los picadores por medio de un misterioso sedativo que reducía á los potros vigorosos indomables á una docilidad admirable. No era Sofia menos popular.

A nadie inspiraba celos por el favor que gozaba con lady Montfort, nadie se admiraba de ello. Los dos eran queridos y respetados. Quizás eran aquellos los años mas felices de Waife desde que murió su mujer.

Le parecia que allí iba á visitarle aquella sombra querida; entre aquellas verdes mimbreras habia leído las cartas sencillas y llenas de encanto que ella le escribía en otro tiempo, respondiendo á sus cartas de amor y de esperanza; allí se habia aficionado á aquel ejercicio que habia aprendido en su juventud por divertirse, y le aseguró despues su subsistencia y un asilo.

En aquel retiro no sufría ya persecuciones.

Una sola vez, un año ó dos antes de marchar á Twickenham, hubo un incidente que le alarmó por el momento, pero que afortunadamente no tuvo ninguna consecuencia lamentable. En las orillas del lago del parque de Montfort solian reunirse algunas veces las familias de los labradores y negociantes de los alrededores para celebrar sus comidas de campo.

Un dia, sin que Waife advirtiera nada, construyendo sus banastas en el lugar que mas le agradaba del parque, fué reconocido por una familia que se encontraba á la otra orilla y en la cual no habia él fijado la atencion.

La posadera de la aldea, cuya chimenea habia impedido el viejo que se incendiase, le dijo al dia siguiente que una « señora » que habia estado allí de campo el dia anterior la habia hecho muchas preguntas sobre él y sobre su nieta, y que parecia muy complacida por saber que estaba en tan buena posicion.

Aquella señora iba en compañía de otra y de dos ó tres caballeros, y todos habían llegado en un omnibus que habían alquilado con aquel objeto.

Habían llegado á Humberston al otro día de las carreras, de aquellas famosas carreras que atraían todos los años tan grande concurrencia, y en la temporada en que Rugge daba aquellas funciones que tanto agradaban.

Por la descripción que la posadera hizo de aquellas dos señoras, Waife sospechó que pertenecían á la compañía de Rugge. Pero no habían hablado de Waife como de un antiguo compañero, ni de Sofia como del « Fenómeno » ni como de la « Fugitiva. » Pero, como ya hemos dicho, aquel suceso no tuvo para Waife ningún mal resultado; y después de todo « el feroz baron » no tenía ya ningún derecho sobre el bandido perseguido ni sobre Julieta Araminta.

Ya ha abandonado el ex-cómico la cabaña, ya reside en la margen del famoso río, á una hora del tumulto de Lóndres. Se esfuerza por aparecer alegre y feliz: pero su tranquilidad ha desaparecido, su corazón está agitado.

Desde el día en que Sofia rehusó por causa suya la oferta que le hicieron de dejar el humilde techo del banastero para ir á vivir rodeado del lujo y la elegancia, en una esfera donde sus encantos y sus virtudes podían proporcionarle un enlace que parecía imposible mientras permaneciera al lado del viejo vagabundo, desde aquel día no cesa de repetir: « Yo vivo demasiado. »

Cuando Sofia estaba á su lado trabajaba con actividad y se esforzaba por aparecer alegre; pero en el momento en que ella le debaja para ir á casa de lady Montfort la obra se le caía de las manos y volvía á sumergirse en sus melancólicos pensamientos.

Al marcharse de Twickenham Waife escribió á Mrs. Crane (que por aquel tiempo vivía en París) suplicándole que le escribiera á Lóndres si Jasper pensaba volver á Inglaterra.

A pesar de la confianza que le inspiraba Arabela no juzgó prudente manifestar en su carta los ofrecimientos que lady Montfort había hecho á Sofia, ni la intimidad que unía á aquella dama con aquella niña convertida ya en mujer.

Con aquel conocimiento del corazón humano que no siempre era en él bastante claro para dirigir sus acciones, pero que tenía sus momentos de singular lucidez, temió que el antiguo odio de Arabela Crane hacia Sofia, odio que disminuyendo á proporción que la jóven era mas desgraciada, no cesó hasta que aquella mujer, por un sentimiento próximo á la venganza, comprendió que Sofia le debía un asilo oscuro y humilde; temió que aquel odio volviera á despertarse si Arabela llegaba á saber que la hija de una rival odiosa no necesitaba ya su protección, y hasta tenía razones para esperar llegar á una posición mas elevada que la suya, siendo así que ella se había regocijado otras veces al pensar que el fruto de un matrimonio que la había llenado de desesperación estaba condenado á la miseria.

En efecto, ella había hecho que Waife le prometiera renovar su vana tentativa de hacer valer los derechos de Sofia sobre Guy Darrell. A aquel precio le dejó á Sofia, porque él era un hombre condenado por los tribunales, separado de la sociedad.

Mientras Arabela Crane viese en Sofia un objeto de compasión, podría concederle una protección alternativa; pero ¿si Sofia llegaba á ser un objeto de envidia para ella, seguiría protegiéndola? No; por eso no quiso Waife confiarse enteramente á Mrs. Crane, y solo la manifestó en su carta que había abandonado con Sofia la aldea de Montfort por estar mas próximo á Lóndres. Tiempo tendría de ser mas expedito cuando mistress Crane volviera á Inglaterra; y en ese caso no por escrito, sino en una entrevista.

Todos los meses iba á Lóndres para ver en las listas del correo si había carta para él. Sin embargo, solo una vez, desde que anunció á Mrs. Crane su cambio de residencia, recibió una carta que contenía solo algunas líneas; era en aquel fatal mes de julio, en que Guy Darrell y Jasper llegaron el mismo día á Lóndres. Arabela le llenaba de inquietud en aquella carta. Le decía no solo que su terrible hijo estaba en Inglaterra, en Lóndres; añadía además que Jasper había descubierto que las personas que se embarcaron para América no eran el verdadero Waife y la verdadera Sofia, sino otras que habían tomado aquellos nombres. Mrs. Crane terminaba su carta con estas siniestras palabras:

« Debo deciros que Jasper ha descendido mas y mas. Si pudiérais verle os admiraríais de que no le haya abandonado y no haya renunciado á mi resolución. Yo le inspiro mas horror que la horca. Pero no concluirá en la horca, tendrá que caer al fin en mi poder, y ese será su castigo y el mio. Vivo en Lóndres, no en mi antigua casa, sino cerca de él. Tengo asalariado á su confidente. Su vida y sus proyectos son tan claros á mis ojos como si viviera en una casa de cristal. En la edad que tiene ahora Sofia, viviendo bajo el amparo de una persona de respeto, no podría ser arrancada de su asilo contra su voluntad; pero si aun vive bajo nuestro techo, los que tienen por Jasper el encargo de buscarla, (él no puede hacerlo por si mismo) podrían, revelando ciertos hechos que vos sabéis, determinar tal vez á otras personas para que les dieran ayuda, y la separaran de vos con las mejores intenciones. El no tendrá reparo en recurrir á los tribunales si cree poder sacar partido de ese hombre poderoso por el te-

mor de un escándalo. Pero es probable que intente antes apoderarse de Sofia por medio de la astucia; ¿y qué sería de ella antes de que vos pudiérais volver á encontrarla? Separaos de ella por algun tiempo. A pesar de vuestra habilidad para disfrazaros vos podeis ser mas fácilmente descubierto. Ella es ya casi una mujer y debe haber variado mucho para que puedan reconocerla. Dejadla en un asilo seguro, al menos hasta que habéis congnigo. »

Waife leyó y releyó aquella carta (á la cual no podía responder porque Mrs. Crane no le indicaba bajo qué señas debería poner su contestación) en una sala reservada de un pequeño café adonde se había retirado lejos del tumulto de las calles. Creyó que había llegado ya el momento de decidirse y tomar una determinación que hacia largo tiempo meditaba.

Repuesto de su primera emoción combinó su plan. Aquella misma tarde fué á ver á lady Montfort. Comprendió que por el interés de su nieta había llegado el momento de apartar el velo que cubría su nombre.

Para impedir que por respeto á la autoridad de Jasper fuera entregada Sofia como había sucedido en Gatesborough, era preciso que explicase á lady Montfort el misterio del nacimiento y la posición de aquella niña, y pasar por el dolor de denunciar á su propio hijo como la última persona á la cual podía ser confiada.

Waife emprendió aquella explicación no solo con un sentimiento de profunda humillación, sino tambien con el temor bastante fundado de que lady Montfort rehusara comprometerse á una cosa que podía exponerla á una invasión desagradable en su retiro. Pero con tanta sorpresa como consuelo para Waife no bien se enteró lady Montfort del origen de Sofia, manifestó tal alegría que dispuso todos los temores del anciano.

— De aquí en adelante, dijo Carolina, creedme, vuestra Sofia será mi propia hija, mi querido tesoro. No veré en ella una humilde compañera; será mi igual, el objeto de mis mas tiernas atenciones. No temáis que nadie la arranque de mi lado. Mi casa será la suya, recibirá la educación que le corresponde, ocupará en el mundo el rango que le pertenece. Pero vos no debéis separaros de ella. He escuchado vuestra relación, y aunque os negáis á justificarnos, la experiencia que yo tengo de vos, destruye todo lo que me habeis dicho en contra vuestra. Ahora con mas empeño que antes os suplico que aceptéis un refugio en la casa que debe guarecer á vuestra nieta.

¡Noble corazón! mas noble aun por su ignorancia de las prácticas sociales, que hacia patente aquella proposición, que hubiera cubierto de rubor á la casa de Vipont, aquella personificación de las leyes solemnes del decoro.

Gentleman Waife no podía aprovecharse de aquella ignorancia cuyo origen era una virtud generosa.

Pero sin responder á los argumentos de lady Montfort y aparentando creer en la posibilidad del arreglo que le proponía, la dió gracias por su bondad, la dejó con aquella esperanza, y partió antes de amanecer. Salió furtivamente de aquella casa á la luz de las estrellas, como había abandonado algunos años el asilo que le proporcionó M. Hartopp; pero como en aquella época, dejó para Sofia unas líneas que ella debía encontrar al despertar, encargándole que tuviera esperanza y no se afligiera. Decía en aquella carta que por el interés de ambos emprendía una pequeña excursión.

El necesitaba movimiento, la vida monótona y regular que pasaba hacia algun tiempo le había puesto un poco pesado. Además, un peligro les amenazaba por afuera, y aquel peligro podría conjurarlo con su corta ausencia. Todos sus secretos se los había confiado á lady Montfort, á quien Sofia debía considerar como su única protectora hasta su vuelta, que seguramente volvería, y entonces vivirían dichosos como en los cuentos de las hadas. No le perdonaría nunca que se inquietara infundadamente por su ausencia.

Por otra parte, no se iba solo, sir Isaac cuidaría de él. Llevaba bastante dinero, sus ahorros de muchos meses, y si necesitaba mas se dirigiría á Jorge Morley. De vez en cuando la escribiría, pero no debía esperar cartas muy frecuentes; tal vez estaría lejos de ella algunos meses. ¿Pero eso qué importaba? Él era un hombre que podía cuidar de sí mismo; ella no era ya una niña para llorar y desesperarse por la pérdida de un juguete inútil, ó de un viejo chocho. Era ya una señorita, y cuando volviera encontraría en ella una mujer de grande instrucción.

Así se fué Waife afectando alegría é indiferencia queriendo evitar el sentimiento que debía producir su ausencia. Sofia se precipitó en los brazos de lady Montfort derramando un torrente de lágrimas, y la suplicó sollozando que enviara á sus criados en todas direcciones para que descubrieran é hicieran volver al fugitivo.

Pero Waife había dejado otra carta para lady Montfort, previniéndola si quería poner á Sofia al abrigo de las escandalosas reclamaciones de Jasper, que siguiera sus consejos y no hiciera imprudentes pesquisas para descubrir su paradero, porque así atraería sobre él la publicidad á la cual quería sustraerse.

La necesidad de aquellas precauciones era tan evidente, que lady Montfort no hizo mas que enviar por los alrededores un criado de confianza para ver si podía averiguar algo con la mayor discreción, y al mismo tiempo mandó llamar á Jorge Morley á Humberston para pedirle consejo. Waife la había permitido

que refiriese á Jorge aquella historia encargándole el mas riguroso secreto.

El jóven Morley manifestó la mas profunda simpatía por el dolor de Sofia, pero la hizo comprender la indiscreción y el peligro de ruidosas indagaciones.

Prometió hacer todo lo posible por averiguar el paradero del fugitivo, y si lograba verle, emplear toda su elocuencia para persuadirle á que volviera ó que permitiera que Sofia fuera á reunirse con él ó que la dejara al menos velar por él y atender á sus necesidades. Y cumpliendo su ofrecimiento, desplegó tal penetración para adivinar, tal actividad para seguir los pasos del vagabundo, que á pesar de la prudencia que se había visto obligado á imponerse, mas de una vez dió con sus huellas y descubrió el lugar donde Waife y sir Isaac habían estado algunos días antes.

Pero segun las últimas noticias que dió Morley, el ex-cómico, con aquella habilidad tan fértil en recursos estratégicos y disfraces, hacia inútiles sus esfuerzos.

Waife calmó al principio la inquietud de sus amigos y el dolor de Sofia por medio de cartas en las cuales, aunque lacónicas, manifestaba cierta alegría; pero como el timbre de aquellas cartas daba á conocer sus huellas, manifestó que le era preciso por aquella razón suspender su correspondencia. Ya hacia seis semanas que no habían recibido una línea suya.

Pero el principal objeto del pobre anciano, resuelto á llevar su abnegación hasta el extremo, era desviar mas y mas su imagen del pensamiento de su nieta. Miraba como esencial al porvenir de Sofia que ya que había encontrado un asilo seguro en una esfera elevada, se acostumbrara gradualmente á aquel nuevo género de vida, del cual estaba él desterrado para siempre; que perdiese toda huella de la existencia del anciano; que borrara el recuerdo de un pariente, que cesando de protegerla, solo podía ser para ella una causa de dolor y de ignominia: quería borrarse del mundo que empezaba á sonreírle á ella.

Waife no dejaba de conocer cuánto padecería Sofia en los primeros momentos, que si supiera el sitio donde se ocultaba, lo abandonaría todo por volar á sus brazos; pero continuamente decía entre sí:

— La juventud, como es proverbial, tiene la memoria corta, sus sentimientos son desgarradores, pero duran poco. Ahora empiezan á cerrarse las heridas de Sofia, y no volverán á abrirse si se las deja cicatrizar.

Al principio pensó en ocultarse en algun sitio, muy cerca de ella de modo que pudiera acercarse por los alrededores de la casa una vez á la semana, ó una vez al mes; quizás encontraría en aquellos paseos algun leve indicio de su presencia.

Pero reflexionándolo bien comprendió que aquello sería una imprudencia que podría volver á llevar su recuerdo á la mente de Sofia y afligirla de nuevo.

Al principio de esta historia en el bosquejo de aquel gran melodrama en el cual Julieta Araminta desempeñaba el papel de la hija del bandido, comparamos los esfuerzos que hacia la niña por desviar las persecuciones de la caverna donde se ocultaba su padre, á las estratagemas que emplea la alondra por apartar los ojos codiciosos del cazador, del nido de sus piquetes.

Aquella comparación puede aplicarse ahora en sentido contrario. El pobre viejo debe alejarse ahora del nido donde está concentrado todo su amor. Nada importa que Jasper le descubra; aquel descubrimiento desorientará á los que persigan á Sofia.

Es muy improbable que Jasper adivine nunca que están separados; es mas improbable todavía, á menos que Waife cometa la imprudencia de ocultarse cerca de la casa de Sofia, guiándola en sus conjeturas, que Losely pueda pensar en buscar bajo el techo de la gran señora, de la viuda de un par de Inglaterra, á la niña que ha huido del poder de M. Rugge.

¡Pobre anciano! Su corazón está despedazado; pero la esperanza reanima y consuela su alma.

Al verle, lejos, muy lejos de su nieta, solo, silencioso en una esquina de la plaza del mercado, donde se apiña la multitud; acariciando distraído á sir Isaac, con sus largas lanas erizadas, cubierto de lodo y con la cabeza inclinada y la mirada triste; cuando le veo rodeado de la multitud, presentando maquinalmente una gran cesta que tiene debajo del brazo con algunos groseros objetos que lleva de venta; cuando le contemplo de ese modo, de mí se apodera algo mas que un sentimiento de compasión, porque yo veo lo que no puede ver la multitud, la sombra de un ángel que extiende sus alas sobre la cabeza de aquel desgraciado, y me aparto respetuosamente para postrarme de rodillas, acatando los profundos arcanos de la Providencia.

IV.

Lady Montfort observaba á los dos jóvenes que se paseaban por la orilla del río sin que ellos pudieran verla desde el sitio en que Lionel la vió por primera vez, desde aquella especie de glorieta formada por el verde follaje de árboles y arbustos que entrelazaban sus ramas por todas partes excepto por enfrente del Támesis.

Jamás concibió ninguna mujer un proyecto menos egoísta que el que le habían inspirado aquellos dos jóvenes. Y sin embargo, no eran ellos los que ocupaban el principal lugar de su pensamiento, cuando los

seguna con su mirada no vertia por ellos aquellas lágrimas tan dulces y tan tristes á la vez que se desprendian de sus ojos.

A las mujeres les gusta pensar que son incomprensibles, y esa debilidad no carece muchas veces de fundamento, porque raro es el hombre, hasta el mas sagaz, que comprende completamente á la mujer, ni aun á la mas sencilla.

Y en esto el bello sexo tiene una ventaja sobre el nuestro. Nuestros corazones están siempre abiertos para las mujeres, aun cuando no conozcan nuestra vida; nosotros por el contrario podemos ver todas sus acciones, ya disfrazadas ya rodeadas de ciertas formas convencionales, sin que lleguemos á averiguar nunca los misterios que encierran sus corazones. Pero, dando á esta palabra una significacion mayor que la ordinaria, Carolina habia sido siempre una mujer incomprensible. No tenia ni un solo confidente, ni aun de su mismo sexo.

Únicamente las hojas exteriores de aquella hermosa flor eran las que se habian abierto á los rayos del sol; pero las que rodeaban su corazon habian permanecido estrechamente plegadas unas sobre otras como si toda su vida estuviera encerrada en su boton.

Del mismo modo que en sus años de casada, su corazon parecia reprimido en sus movimientos de expansion, su inteligencia cautiva sin poder extender libremente su vuelo.

Durante el tiempo que estuvo casada, leyó, estudió, conversó frecuentemente con hombres de talento, y sin embargo, su inteligencia, que en su primera juventud habia brillado con singular viveza, y que el tiempo habia adornado con todos los ricos atributos propios de la mujer, parecia helada y sin objeto. No basta que el espíritu se cultive; el movimiento le es tan necesario como la cultura.

El de Carolina Montfort parecia sepultado en profunda calma. Un poeta, que la contemplaba un dia en medio de una multitud admirada de su belleza, dijo bruscamente:

— Si no temiera ofender con un juicio temerario á esa mujer tan pura y tan altanera, daria una solucion á ese enigma. En el corazon de esa flor hermosa, reina de los lirios, si se arrancasen todas sus hojas, se encontraría el *remordimiento*.

Lady Montfort se estremeció al ver la sombra de un hombre sobre el cesped. Jorge Morley que venia por su espalda se acercó con un dedo sobre sus labios.

— ¡Callad! dijo en voz muy baja. Mirad cómo me espera Sofia subiéndome por la margen del rio; yo sabia que me esperaria por ese lado, y he venido por aqui para hablaros antes de responder á sus preguntas.

— ¿Qué hay? ¡Me alarmais! dijo lady Montfort siguiendo á Jorge que se alejaba en direccion opuesta al rio.

— Debemos procurar no alarmarnos y deliberar, no solo sobre lo que conviene directamente á nuestro pobre fugitivo, sino tambien sobre otros asuntos importantes. Ya sabeis que hace mucho tiempo vacilo en valerme de la policia para que me ayude en mis pesquisas. Temia mucho irritar á Waife (seguiremos dándole ese nombre) dando semejante paso y que se alejase mas aun de nosotros marchándose al extranjero; pero su prolongado silencio, el temor de que hubiera caido enfermo ó le hubiera sucedido alguna desgracia, y nuestras serias inquietudes por el efecto que podria producir en Sofia la carencia de noticias, me determinaron á echar á un lado todos mis escrúpulos. Despues de la última visita que os hice, me dirigí á uno de los empleados superiores de la policia, habituados á investigaciones confidentiales de una naturaleza semejante. Al otro dia fué á verme y me dijo que habia sabido que un amigo suyo, que habia sido en otro tiempo uno de los agentes mas hábiles de la policia secreta, tenia el encargo hacia muchos meses, de seguir las huellas de una persona, que, segun sus conjeturas, debia ser la misma que la que le habian encargado que descubriera, pero no con la reserva que yo. A dicho agente le habian revelado el nombre del fugitivo y la razon porque se le buscaba; ese hombre, le dijeron, ha huido con su nieta y se niega á devolverla al padre. Fácil me fué comprender por qué habian tenido tan mal éxito hasta entonces sus pesquisas: como se creia que Waife no estaba separado de Sofia, á esta última era á la que buscaban. Pero aquella indagacion habia cesado últimamente, y por esta terrible razon: otra seccion de la policia habia fijado los ojos en el padre de aquella niña. Jasper Losely (¡ah! nuestro pobre amigo tenia razon en estremecerse á la idea de que Sofia pudiera volver á caer en poder de aquel hombre.) Jasper Losely pasa su vida en las guaridas de los mas formidables y desesperados malhechores de Londres. Al parecer ejerce sobre ellos cierta influencia, aunque nada prueba aun que haya podido tener alguna participacion en sus fechorias. Vive con cierto lujo extraño en una persona que tiene tan malos amigos, y obsequia mucho á esas gentes de mala vida, á quienes impone por su fuerza y valor extraordinario, aunque no tiene ningun medio de vivir conocido. La persona que habló al ex-agente en nombre de Jasper Losely vive en una buena posicion y se llama Poole. El ex-agente creyó de su deber manifestar á ese M. Poole la mala reputacion de Jasper, declarándole que no era prudente mantener ninguna clase de relaciones con semejante hombre, y que era menos prudente aun ayudarle á buscar á la niña. Al oír esto M. Poole demostró tanta agita-

cion y se expresó de una manera tan incoherente respecto de sus relaciones con Jasper, que el ex-agente concibió sospechas contra el mismo Poole, y refirió todas aquellas circunstancias á uno de sus antiguos jefes, por quien lo supo todo el empleado á quien yo me habia dirigido. Pero el ex-agente que desde su última entrevista con Poole se habia negado á seguir mezclándose en aquel asunto, recibió despues, por medio de uno de sus corresponsales á quien habia empleado al principio, noticias mas recientes y satisfactorias de nuestro viejo amigo, que las que yo habia adquirido. Recordareis que cuando yo pregunté á Sofia acerca de los amigos que ella conocia á quienes pudiera haberse dirigido Waife con preferencia, citó como el mas probable un zapatero remendon llamado Merle, en cuya casa se habian alojado, y del cual la habia hablado su abuelo con gratitud, porque él le habia puesto en camino de descubrirla cuando estaba separado de ella, manifestando en aquellas circunstancias el mayor interés. Ya sabeis tambien que yo no pude encontrar á ese Merle que abandonó el pueblecillo donde habia pasado la mayor parte de su vida, y que dista muy poco de aqui. Habiendo descuidado su humilde oficio por no sé qué extraña y supersticiosa práctica que cada vez le absorbía mas y mas, cayó en la pobreza, tuvo que vender sus muebles y se marchó. Eso es lo que yo sabia; pero el ex-agente, á quien la persona que quiso valerse de él le habló de ese Merle, supo por medio de su corresponsal que el remendon residia en Norwich, donde era conocido por *el sabio*, y vivia en perpetuo peligro de ser llevado á una casa de correccion, por ser un impostor que se ocupaba de la astrologia, fingia tener un cristal donde lo veia todo, y otras cosas tan absurdas como ilicitas. ¿No es muy singular y muy triste al mismo tiempo que un hombre tan felizmente dotado como nuestro pobre amigo, haya cultivado la amistad de un remendon que se ocupa de la magia negra?

— Sofia me ha hablado mucho de ese remendon, dijo lady Montfort con su dulce sonrisa. En su casa vió por la primera vez á Lionel Haughton. Pero aunque el pobre hombre sea un entusiasta ignorante, segun lo que Sofia me ha dicho, es demasiado bueno y demasiado ingenuo para que pueda considerarse como un impostor.

JORGE.

Es posible. Permitidme que prosiga mi historia. Hace algunas semanas, un viejo cojo, acompañado de un perro, sin duda aquel pobre y querido sir Isaac, se alojó dos dias en Norwich en casa de Merle. Al saber esto marché inmediatamente á Norwich, donde vi á Merle, le hablé, y por medio de aquel hombre esperé conseguir mi objeto de una manera mas delicada y mas segura que de otro modo cualquiera. Waife no le habia dicho que huia de Sofia y de sus amigos, sino de sus enemigos y perseguidores; como ese hombre es inaccesible á la seduccion, se mostró al principio rudo y duro conmigo, despues se suavizó á medida que comprendia el afecto que me inspiraba el fugitivo, y mas aun cuando le dije lo que sufre la pobre Sofia por la desaparicion de su abuelo. Merle me prometió hacer cuanto estuviera de su parte por ayudarnos á nuestras investigaciones si yo le llevaba á Sofia, ó en caso de que esto no fuera fácil, una carta suya. Antes de confiarse á mí, queria que Sofia le recordase ciertos pormenores de lo que les habia sucedido en su casa, ignorados por todos, y que la joven le asegurase que por el bien de Waife debia ayudarnos á buscarle. Hasta ahora todo va bien; pero tengo otras cosas importantes que decir, que hacen referencia á la misma Sofia. Mientras nosotros nos ocupábamos en seguir las huellas de su abuelo, no disminuye para ella el peligro. Nunca he conocido toda la extension de ese peligro hasta que el agente de policia me ha hecho conocer la mala reputacion y las innobles relaciones de ese hombre que intenta hacer valer sobre ella los derechos de padre. Waife os ha dicho que su hijo era un malvado, un disipador, un hombre de mala vida, que buscaba á su hija no por cariño, sino para servirse de ella como de un instrumento para sacar dinero á M. Darrell; pero Waife no os lo ha dicho todo. Pensad lo que sentiria Sofia, en el abatimiento en que se encuentra, si ese audaz criminal penetrase aqui por fuerza y dijera: « Ven conmigo, tú eres mi hija. » ¡Qué golpe para ella! ¿Y quien sabe si por un escrúpulo exagerado de conciencia creeria deber suyo obedecer á ese hombre y seguirle? Cuanto mas abyecta fuera su condicion, cuanto mas abandonado se encontrase, tal vez creeria mayor su deber de permanecer á su lado. Yo he estudiado á Sofia desde su niñez, y sé que es capaz de cualquier error en su juicio, si se le presenta como el sacrificio voluntario de un mártir. Mucho debemos temer por ese lado, mi querida prima; pero suponed que llegamos á dominar esos escrúpulos y hacerla comprender que obrar así seria hacer traicion y matar á su abuelo, en ese caso, si se resistiera á la autoridad paternal de ese miserable, ¡qué escenas tan violentas y tan penosas podrian seguir! ¡Qué publicidad tan terrible iria siempre unida á su nombre! Hay mas. Supongamos que su padre no la descubre; pero que arrastrado por las gentes que le rodean llega á cometer algun crimen que le hace comparecer ante los tribunales; supongamos que llegan á hacerse públicos los lazos que unen á esa pobre niña con ese hombre contra el cual queréis protegerla, y con ese anciano que

ha excitado tan tiernamente vuestro interés, cuidándola con intenso cariño desde su infancia. ¿No moriria Sofia de vergüenza? ¡Y qué terrible para M. Darrell!

— ¡Gran Dios! exclamó Carolina Montfort, ¡Me estremecéis! Pero ese hombre no ha podido degradarse tanto. Yo le he visto, le he hablado en su juventud; entonces esperaba ayudarle á reconciliarse con Darrell, obtener su perdon, y nada presagiaba en él una corrupcion tan profunda. Podia ser vano, extravagante, egoista, falso... ¡ah! sí, ¡era falso! Pero sin embargo, no es posible que el miserable que me representais como asociado con tan groseros criminales, sea aquel mismo aventurero tan amable, tan elegante, de tan hermoso rostro, con el cual mi desgraciada compañera de infancia huyó de la casa de su padre. Sacudis la cabeza... ¿Cuál es vuestra opinion?

— Que es preciso poner inmediatamente por obra vuestro proyecto, que es preciso hacer una arriesgada tentativa para asegurar á esa pobre niña su mejor, su mas legitimo protector, preservarla así de los peligros que la amenazan y sacar á su padre de ese camino fatal á que pudiera dirigirse la desesperacion; que es necesario que nos dirijamos á la persona que tiene en esto un grandísimo interés, y que conociendo mas el mundo que nosotros, podria encontrar el medio mas eficaz de conseguir ese doble objeto.

— Pero olvidais lo que me ha referido nuestro amigo, olvidais que cuando regresó á Inglaterra y fué á casa de M. Darrell, no quiso este dar crédito á sus palabras, y le dijo que aun cuando pudiera hallar los medios de probar el origen de Sofia, no admitiria nunca bajo el techo de su padre á la nieta de William Losely.

— Si, pero entonces dijisteis...

— Si, si, esperaba que cuando Sofia hubiera adquirido distinguidos modales, con su educacion terminada, sus gracias naturales cultivadas, de modo que pudiera justificar el orgullo del pariente mas descontentadizo, haciendo que M. Darrell la viera entonces como por casualidad, esperaba que ella se interesaria y le encantaria y él acogeria entonces con placer la súplica de que reconociera los derechos de esa niña. Pero esa marcha repentina de M. Darrell á su vida solitaria, nos priva de una ocasion que hubiéramos podido aprovechar si hubiera permanecido en Londres. ¿Quién se atreveria ahora, cuando él no ha visto aun á esa interesante niña, cuando su corazon no le ha hablado en su favor, quien se atreveria, repito, á presentarle de nuevo una reclamacion que ya ha rechazado? Y aun cuando alguno se atreviera á hacerlo, ¿qué éxito podria esperar?

— Querida lady Montfort, noble prima mia, solo vos podiais intentar, vos que gozais de una reputacion sin mancha como la piel de armiño que guarnece vuestro vestido.

— ¡Yo! ¡de ningun modo! M. Darrell no leeria jamás hasta el final una carta mia.

Jorge la miró atónito. Carolina tenia los ojos bajos; su actitud era la de una persona abatida y humillada.

— ¡Eso es increíble! dijo por último. Siempre he sospechado así como mi tío, que Darrell tenia algun motivo de queja contra vuestra madre. Quizás creeria que no habia adquirido informes exactos acerca del aya que ella misma le recomendó; quizás esto habia enfriado un poco las relaciones de amistad que existian entre ellos, alejándole por lo tanto de vos. Esto es lo que mi tío y yo hemos pensado. Pero, ¿no seria fácil reconciliarle con vos? ¿Podria dejar de leer una carta que vos le dirigiérais? No he olvidado aun cuando iba á visitar á su hijo, mi discipulo, la influencia que vos, una niña aun, ejerciais sobre un hombre tan grave, tan ocupado, en todo el esplendor de su carrera. Vos érais la única que podiais entrar sin temor en su gabinete de estudio, la única que tenia el privilegio de arreglar sus libros, de poner en orden sus papeles, inspirándonos á su hijo y á mí un solemne respeto, al consideraros como la depositaria de todos sus secretos. ¡Cuán vanos eran vuestros esfuerzos por hacer cómplice de vuestra audacia á aquella pobre y tímida Matilde! ¿No es esto verdad?

— ¡Oh! sí, sí. ¡Qué dias tan felices! ¡Ya han pasado para siempre!

— No puedo menos de recordar aquel dia que me prometisteis hacerme oír leer en alta voz á Darrell antes de volver al colegio. Vos le llevásteis un tomo de Milton y él os dijo:

« No, mañana por la noche. Tengo que ir á la cámara de los comunes. »

Y vos le respondisteis con audacia:

« Mañana por la noche no estará Jorge con nosotros, y yo le he prometido que os oiria leer. »

Entonces, mirándoos con una expresion dulce y grave á la vez os dijo:

« Teneis razon. Lo prometido es deuda. Pero no debéis nunca prometer una cosa en nombre de otro. »

Y vos respondisteis con acento de reconvenccion y cariño á la vez:

« ¿Podeis vos negarme algo? »

Darrell sin replicar una palabra tomó el libro y leyó. ¿Qué pronunciacion, qué acento!... ¿Y no os acordais otro dia cuando?...

LADY MONTFORT, interrumpiéndole con una impaciencia nerviosa.

¡Ay! sí. No necesito que me recuerden todo lo que

á él hace referencia. Él fué el amigo mas noble, mas cariñoso, mas complaciente con una niña aturdida, caprichosa, incapaz de apreciar sus beneficios; pero ahora, Jorge, no me atrevo, no puedo escribir á M. Darrell.

Jorge reflexionó un momento y comprendió que lady Montfort siguiendo irreflexivamente los movimientos de su corazón, en su juventud habia protegido el casamiento clandestino de Matilde, quedando su recuerdo intimamente asociado en la imaginación de Darrell á aquel disgusto que habia emponzoñado su existencia. En tal caso no era ella la que debia interceder en favor de Sofia. Jorge pensó entonces en su tío que era el amigo mas antiguo de Darrell, sin sospechar que el coronel Morley era el consejero y el representante que Guy Darrell habia escogido para aquel asunto. Pero en el momento de ir á proponer á lady Montfort que escribiese á Alban pidiéndole que volviera á Inglaterra para confiarle todo lo que sabian y pedirle que les ayudase con sus consejos, Carolina repuso con voz mas tranquila y rostro mas sereno:

— ¿Quién mejor que Lionel Haughton puede abogar por una persona cuyos derechos, si fueran reconocidos, podria ejercer tanta influencia sobre su propia fortuna? Miradle allí, bajo aquella alameda umbria.

¿No debemos creer que la Providencia, al aproximar esas dos existencias llenas de encanto, nos ofrece la mejor solución para las dificultades que entorpecen nuestra acción y turban nuestro juicio? Yo medité en el plan de una novela encantadora desde el momento en que las ingenuas confidencias de Sofia me demostraron la impresión que en su joven corazón produjo su primer encuentro con Lionel; la benevolencia caballeresca y fraternal que el joven le manifestó; y sobre todo, el efecto de aquellas palabras que pronunció instintivamente delante de ella, y que la hicieron mirar con tanto disgusto aquella vida de farsa despertando en ella los sentimientos de su carácter honrado y leal.

Un enlace entre Lionel Haughton y Sofia me pareció el mas dichoso suceso para Guy Darrell. De ese modo veria unidas las dos ramas de su casa, encerrado en el círculo de la familia un doloroso secreto, y aun suponiendo que los derechos de Sofia quedaran sujetos á una duda penosa, veria su porvenir igualmente asegurado, sus derechos reconocidos, y por último, reconciliado el orgullo de Darrell con su conciencia. Y cuando llegara á ser Sofia la esposa de su joven pariente, ¡cómo la amaría!

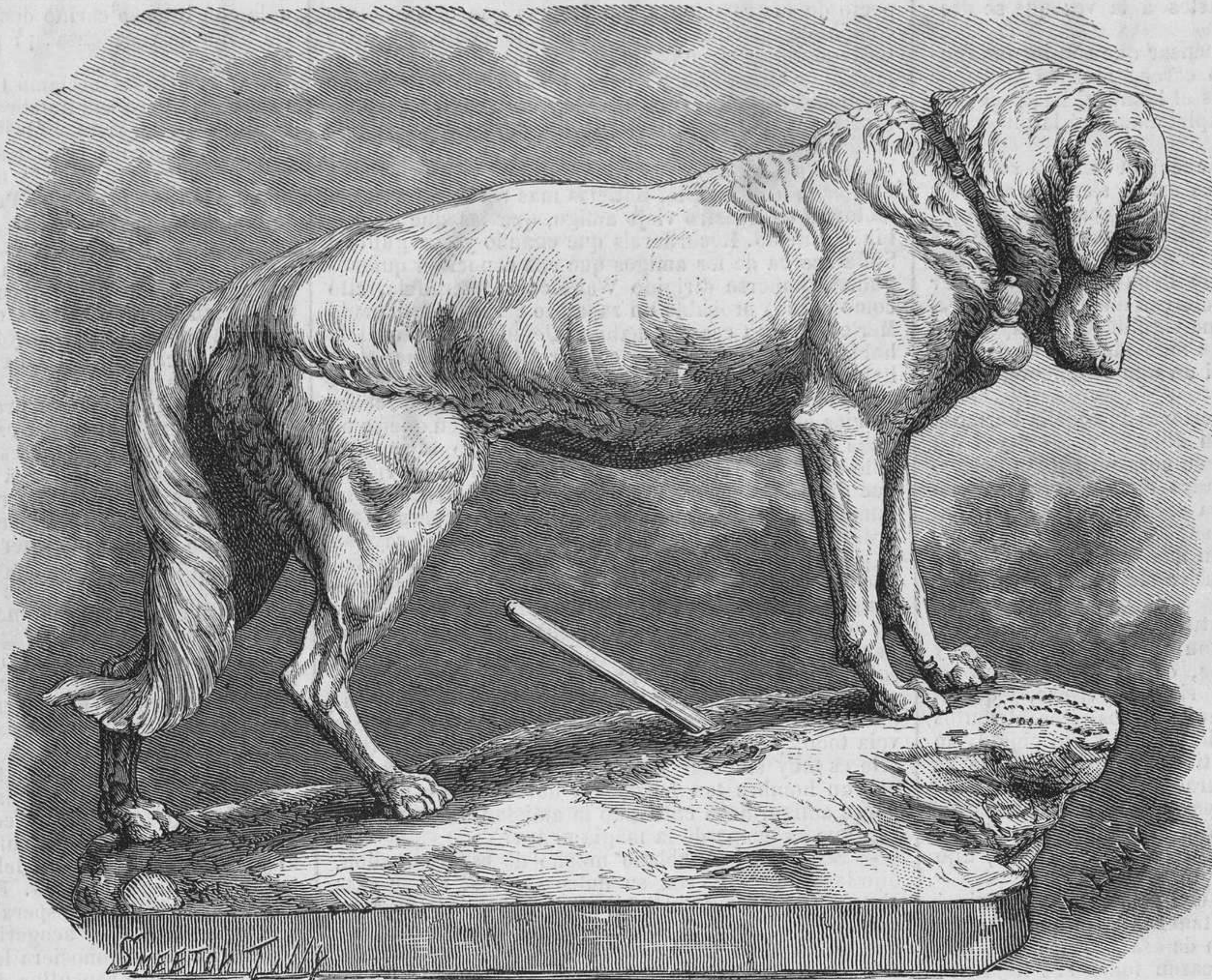
Lady Montfort se detuvo un momento, despues prosiguió:

— Cuando oí decir que M. Darrell pensaba volver á casarse, consideré que mi proyecto debia fracasar.

— Ciertamente, dijo Jorge, si él formase nuevos lazos, Sofia tendria ya menos influencia sobre su existencia, fuese ó no reconocida. El enlace entre ella y Lionel perderia muchas de sus ventajas, y todos los pasos que se dieran en favor de Sofia serian acogidos mas desfavorablemente.

Para ese caso tenia yo el proyecto de adoptar á Sofia como hija; asegurarle un buen dote, y ya lo supiera M. Darrell, ya lo ignorase, al menos tendria yo el secreto placer de creer que podia ahorrarle un remordimiento si es su nieta, como nosotros creemos, y no encontraba mas amparo en su vida; sí, de ese modo hubiera tenido un secreto placer abrigando en mi seno y protegiendo con maternal mirada á una niña cuyo lugar legítimo debia haber sido el hogar del hombre que me habia protegido y rodeado de tiernas atenciones en mi infancia.

(Se continuará.)



Perro del monte de San Bernardo, escultura de Hipólito Heizler, destinada al Jardin de Plantas.

Hipólito Heizler.

El notable escultor Heizler, de quien reproducimos una de sus últimas obras vivió sencillo y modesto, y por esta razón ha dejado, relativamente hablando, un nombre oscuro.

Sin embargo, tanto por sus producciones, como por sus prendas personales y por su talento, Heizler era un grande artista; pero como todos los hombres de mérito, desconfiaba de si mismo y temia el ruido y el brillo.

En cuanto comenzó á saber dibujar, á la edad de doce años, abandonó el estudio de la figura por aquella á que su vocación le llamaba: todas sus horas libres las pasaba en el Jardin de Plantas, y muy luego probó á modelar en barro los animales, cuya imagen reproducia al lapiz.

Sin maestro, sin guía, se hizo escultor, y sus progresos fueron tales que á la edad de diez y siete años, pudo hacer que se admitiera en la Exposición un hermoso grupo en donde aparecía el

viejo perro que fué el fiel compañero de su infancia. Hasta entonces la vida habia sido fácil para Heizler; pero iba á principiar la lucha, pues su padre moria de repente por causa de desgracias de intereses y no dejaba mas que deudas.

Así pues, siendo casi un niño todavía, debió cumplir los deberes de jefe de familia y con su trabajo tuvo que atender á la existencia de una madre enferma, de su joven hermana y de un sobrino huérfano.

Heizler no flaqueó jamás en tan dura tarea. Se puso á trabajar sin descanso para los fabricantes de bronce y no solo cubrió las necesidades de su casa, sino que pagó las deudas de su padre. ¡Qué de obras maestras en miniatura produjo Heizler! ¡Qué de piezas notables esculpió para artistas que mas conocidos que él, acudían á pedirle su colaboración para satisfacer pedidos importantes! Obras suyas son los caballos que adornan el fronton del nuevo edificio de la Opera y cuatro de los doce animales que encargó el sultan: uno de estos cuatro animales, el tigre, es una de las mas bellas obras de la escultura moderna.

Heizler no firmó lo que hacia para los escultores, como tampoco habia firmado lo que le pedian los fabricantes de bronce.

Deja diversos grupos por concluir, y dos de ellos figuran en la Exposición, en tanto que otros dos de la fábula el *Lobo y el cordero* serán enviados á Londres. Además, se han admirado en exposiciones anteriores, un elefante ahogando un leon, un pavo real de tamaño natural, en compañía de dos palomas, y un magnífico perro del monte de San Bernardo, obra de mérito extraordinario y considerada como tal por la dirección de Bellas Artes que la ha comprado para vaciarla en bronce y ponerla en el Jardin de Plantas.

En 1868 encargaron á Heizler la ejecución del grupo de perros que el emperador de Rusia habia enviado á la Exposición Universal.

Hemos dicho que era Heizler un gran artista, y ahora añadiremos que era un artista completo. Conocia á fondo la historia natural, la geología, la botánica y la anatomía y ha dejado escritos notables sobre esas diversas ciencias.

Durante la defensa de Paris le acometió en las noches que pasó en las murallas una bronquitis aguda que al cabo de un año de padecimientos, le ha llevado al sepulcro.

Habia nacido en 1828, por manera que no tenia mas de cuarenta y tres años cuando murió en octubre de 1871.

Querido y estimado de todos sus compañeros sin excepcion, su muerte ha sido sentida por cuantos le han conocido en la vida privada. M.

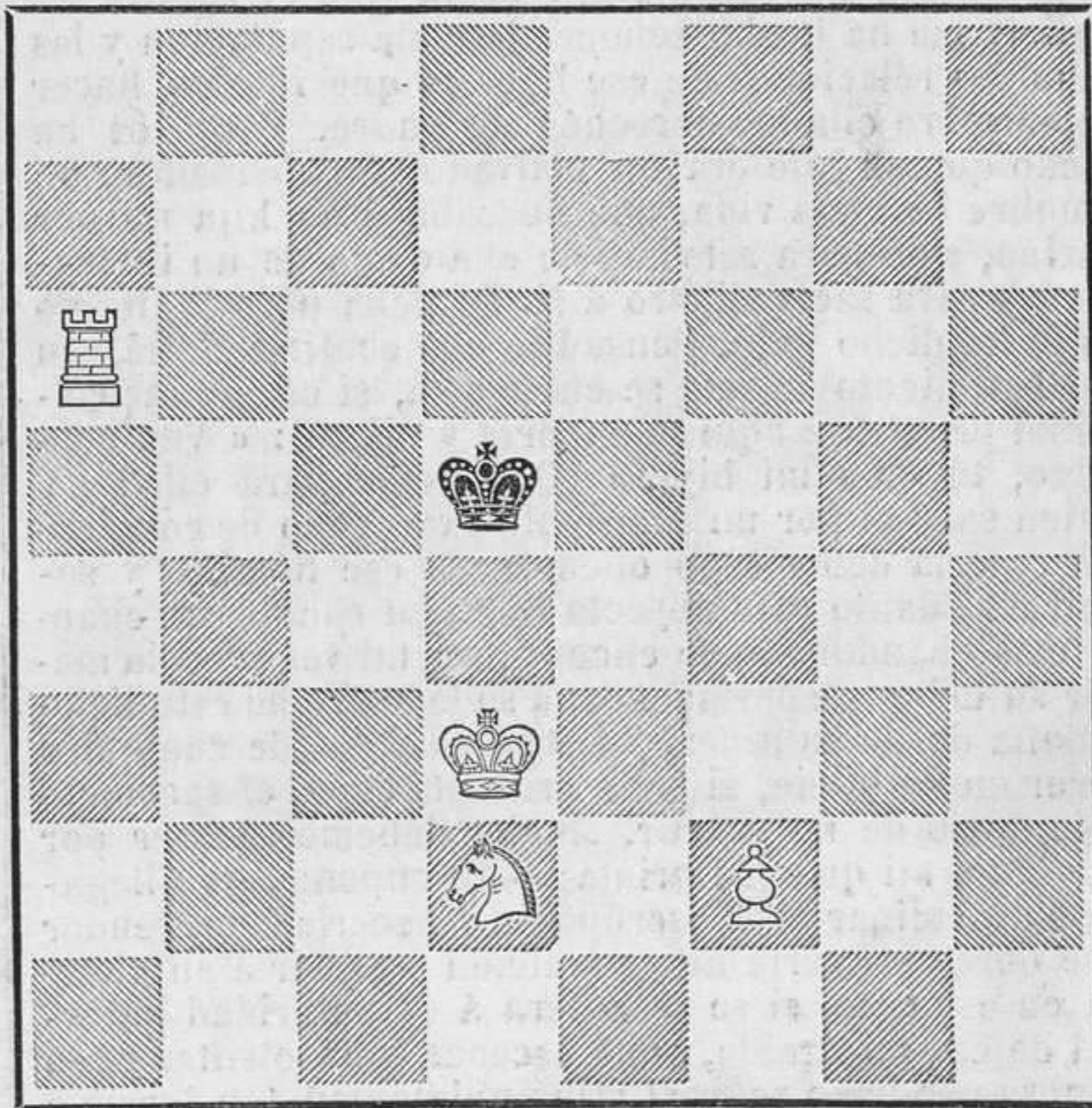
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 363.

1 R 8ª CR	2 R 2ª AR	3 Rª toma P	4 Rª 7ª TR
A 6ª ARª	P 7ª TR	?	jaque
	A 5ª CRª	T toma C	Rª 1ª AR
		A 7ª Rª	jaque
	T 2ª CRª	Rª toma C j.	Rª 2ª Rª
A 5ª CRª	C 7ª R	R 6ª ARª	jaque

PROBLEMA NÚMERO 364, POR M. J. GARDNER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.